

Eduardo Díaz Espinoza

AQUELARRÉ



(alquelagarre)

Antología Literaria



Eduardo Díaz Espinoza

AQUELARRE

(alquelagarre)
Antología Literaria

Registro de Propiedad Intelectual N° 89.128
ISBN 966-7012-10-5
Diseño Portada:
Nelson González A.
Primera Edición Antofagasta, diciembre 1993
Impreso por NORprint

que sólo actúa como impresor.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

¡Editar un libro!

¿Cuántos lo han querido y sólo han quedado en el intento?

De pronto se me antoja que un libro es un pasaporte para la trascendencia.

Por vuestras obras los conoceréis... A veces usamos indistintamente la palabra como sinónimo de libro.

Esta es una obra de CENPROS. Una suerte de parto después de los muchos desvelos de la gestación.

Nuestra Casa CENPROS lanza un libro. Uno más. Pero, este es diferente a los anteriores. Se gestó aquí, en nuestra Casa y sus gestores son jóvenes. Muy jóvenes.

Y como toda creatura, ha de tener padrino que le dé el sostén en aquello que no pueden darle sus progenitores.

Raro nombre tiene este padrino: FONDEC. Parece salido de algún libro de lugares ajenos al común de los nombres.

¿Cómo se llamaría la creatura entonces? ¿Señor Fondec de Cenpros...? o bien, Señor Cenpros de Fondec.

Los jóvenes resolvieron anticipadamente el dilema. La creatura se llamará **AQUELARRE (ALQUELAGARRE)** : Nombre original a la vez que ingenioso. Trae algo de desafío. El mismo que asumimos cuando buscamos a Fondec de padrino.

¡Larga vida creatura! Que no seas propiedad del olvido, como decía mi profesor de literatura: Mario Bahamonde, tribuno de Taltal.

**ARIEL GORDILLO HITSCHFELD DIRECTOR DE
CENPROS**

P R E S E N T A C I O N

Pretende ser una Antología de Escritores Jóvenes de Antofagasta, este **AQUELARRE (ALQUELAGARRE)** Es lo que me tira de cabeza ante un asunto problemático: Lo conceptual y estético, buscando un mínimo de rigor y coherencia con lo que tenemos en lírica y narrativa corta más reciente. ¿Se puede hablar de juventud en materia de escritura poética o narrativa? ¿Es permitida la categoría de joven en el trabajo literario?

Lo estereotipado nos indica que lo joven se puede identificar con la ruptura, el no estar ni ahí, romper esquemas, sin ataduras con el pasado y a la renovación de la persona, a lo nuevo. Si ponemos atención, a esta llamada «ruptura» o el «no estar ni ahí», está bien, pero, lo que «rompe esquemas» entre estos jóvenes menores de 30 años, realmente es que no son auténticamente rupturistas respecto a lo elaborado por generaciones precedentes -38, 50 y otras- lo que hallamos es un afán modernizante o postmodernizante enfatizando universalidad, más allá de la laricidad de sus ascendientes, ellos se han alejado del regionalismo, que es una necesidad inclusive para mantener la propia identidad, las más íntimas raíces. Algunos toman la palabra poética rimbaudiana, huidobriana, mallarmeana, de Rohka.

Los cuenteros tienen esencias cortazianas, bukowskianas, stokerianas y sadistas, ejerciendo una alquimia trascendente y esencial en la realidad fenoménica, dando un sustancial sentido de rito transustanciador que ocurre en la operabilidad del lenguaje que llegamos a entender como mágico, en el intento universalista que se proponen, haciendo tabula rasa de grandes maestros insistiendo en nutrirse con electricidad sanguinaria entre los

narradores como Ossandón, Jara, Hernández, Castillo; o apariencias antipoéticas conversos plenos de sexo emanados de una cultura animalística como lo apreciamos en los poemas de Fariás, Urrutia, Díaz, Bugueño, Castillo o Cerda, con discursos marginales. Basta oír un diálogo entre estos jóvenes. El vocabulario cambia de continuo; escriben por generación espontánea estos Shakespeare del hueveo y la palabrota a flor de labios, yendo hacia una estética convencional, bastardeando al lenguaje. Más que conocimientos y lecturas, está esa parte de la inteligencia que es el instinto. ¿Cuál es el sentido de estos protestunes? repitamos el elogio de Sartre: *«Algo ha venido de ustedes que es asombroso y abrumador. Niega todo lo que nuestra sociedad como es hoy día, ha realizado. Es lo que llamará la extensión de los límites de lo posible. No lo renuncien»*.

Al leer «desocupado lector», veréis si se puede aquí hallar méritos y valores en estas voces de los noventa próximos al dos mil, entre mérito y extraños, para encontrar lo que haya más peculiar, más de característico de estos nuevos liríadas, inspirados en su natural manera de ser, a éstos veámosle más allá de las formas, el fondo de sus discursos, pero respiran aliento poético y narrativo, plenos de hastío buscan cambiar nuestro mapa literario, no sabemos aún, si alguno de ellos será capaz de hacerlo, sus textos -de los poetas- no son reelaborados, pulidos o vueltos a pulir como lo hacía don Juan Ramón, o como lo hace el iquiqueño Guillermo Ross-Murray.

Ellos son arrogantes. En su discurso, transgreden, en él abunda una cosmogonía venérea y apreciamos una violación de casi todas las reglas de sintaxis y de puntuación. Anotemos también tanta carga de narcisismo y rebeldía juvenil, con sus carretes, sus tipos de terribles bluyín o blackyín descocidos, desarrapados, hablando su propia prosodia. Rechazando al inhumanismo neoliberal consumista, agitadores de un nuevo mañana, para un hombre liberado de las presiones de grupo.

Al referirnos a ellos es bueno citar al gran premio de Poesía de la Academia Francesa 1967, George Brassens cuando dice:

“La edad no tiene nada que ver
cuando uno es huevón es huevón
basta de pelear entre ustedes
huevoes jóvenes, viejos huevoes
huevoecitos principiantes
viejos huevoes temblequeantes”

de lo que éstos escriben, habrá que echarle la culpa a Condorito, Nietzsche, la pequeña Lulú, Mafalda. Drácula, Los Simpson, al Heavy Metal, los video games o Robocop, pues en esto han ocupado su tiempo más que en los libros o la gramática, obligados a degustar la literatura por fragmentos, privados muchos del éxtasis y de la elevación que suelen ocasionarnos determinadas lecturas.

El provocador del Roland Barthes deja por ahí clarito que “La literatura es lo que se enseña y punto”. De estructural no hay nada en esta apreciación, su enfoque es más bien funcionalista, el asunto es según cómo se enseña y lo que finalmente llamamos “Literatura”. Cínico acertado, con Diógenes y tantos otros, cínico Roland. Nada tiene que ver con Roland Barthes donde iba el rucio Cameron y varios báquicos más.

Pero vamos arando, o mirando a las “ranas calatas”, todo para no justificar nada. Me recuerda a un estudiante de un colegio pirulo, su profesora, le apodaban “la mosca”, es una de esas tantas, que hace que enseña, y el alumno se hace el aprendido. “La Mosca” les hizo leer la “novela” “la increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada”, el alumno se leyó por ahí un resumen de las solapas y otros datitos de revistas “literarias” de algún diario y eso copio. La «profesora» que, creo yo, no leyó jamás el cuento, pero que escuchó que era novela, aceptó aquello. Con gente así, los

libros de literatura tienen la imagen y el gusto a aceite de bacalao.

*«¿Dónde desenterrar la palabra, la proporción que rige al
himno y al discurso, al baile, a la ciudad y ala balanza?»*

OCTAVIO PAZ

En esta juventud fervorosa, hay nombres que pueden ser itinerarios definitivos en las letras de Chile, puede también que extravíen el camino y sean sólo una huella rota. La poesía ahonda en nosotros sus raíces. La actitud de los poetas y narradores del Círculo de Estudios «Manuel Durán Díaz», ubican en el centro del hombre mismo, con' sus angustias, problemas y modos personales de interpretar y sentir el curso de la existencia.

No es toda la poesía de estos jóvenes nortinos, una escritura automática, hay meditación y amor al oficio en estos poemas llenos de claroscuros, de vislumbres inesperados, procaces, de perspectivas imposibles, de recurrencias que nos envuelven como una respiración próxima o nos aprisionan como esos versos que los ojos de los poetas trazan en lo incierto.

No acreditamos, pues, que se puedan asegurar formalmente que nos hallamos aquí ante una poesía regida por la vaguedad y por la imprevisión. Sus nombres son ignorados y todo editor precavido sopesará bien si merece la pena publicarles un libro aparte, son una generación formada bajo el régimen dictatorial, esta literatura refleja el momento después del Dictador, buscamos la fisonomía espiritual de estos jóvenes, de los rasgos que los definen, después que se ha despotrillado un modo de vida.

Ellos son Eduardo Fariás; Claudia Urrutia; Sasha; Tirilla;

Patricio Jara; Ximena Hernández; Pepe Ossandón; Cerasto; Eskupe; Andreas; Marta Parra; Pedro Herrera; Gía; Boris Leyton; Millarka Valenzuela, Adal; Kitara; Ricardo Silva y Claudio Luna. Todos se han lanzado por una ruta que los

mueve en el sonido metálico de una nueva lengua, la que hablan a su manera, descuidados de forma, sus afanes son de insecticidas que buscan terminar con la polilla que carcome la poetada regional.

Ya está bueno de continuar pensando a media luz, para ir iluminando en nuestra gente joven toda la capacidad que tienen para ver, comprender, tomar, conocer, a través del Arte y de la Literatura, pues, hay que ir haciendo crecer el arbolito de la Cultura, usando la palabra con toda la energía que irradia la furia de la razón.

EDUARDO DIAZ ESPINOZA

NARRATIVA

Ximena Hernández

Tirilla

Boris Leyton

Pedro Herrera

KITARA

GIA

CERASTO

Marta Parra

Patricio Jara

Millarca Valenzuela

Pepe Ossandón

DULCE ENGAÑO

Ximena Hernández

Movías las manos en todas direcciones, al parecer el hecho de gesticular tanto te daba mayor seguridad.

Al decidir contarte la verdad, tenía un poco de temor a que no me entendieras y te enojaras, también me causaba miedo que te pusieras de mal humor e hicieras algo malo, en uno de tus ya conocidos locos arrebatos.

Mi mirada se nubló al sentir en mi rostro tu mano que con gran fuerza, me hizo doblar por completo la cara. Luego te largaste a llorar amargamente y pedías perdón, francamente no entendía nada, sé que no deberías haberme golpeado, pero la culpable de todo era yo, y por ende, debería ser yo quien pidiera perdón.

Fue una tarde de invierno, lo recuerdo bien, bajabas la escalera rumbo al casino de la universidad, cuando te divisé claramente, corrí a verte, llegué y sólo te dije que luego necesitaba conversar contigo. Preguntaste de qué se trataba la conversación, sólo respondí de «nosotros», sin mucha seguridad de que esa palabra tuviera una buena acústica para nuestros oídos. Miraste preocupado, tus compañeros te llamaron para ir a clases. Luego hablaríamos.

No sabía como empezar, constantemente miraste el reloj, te reías nervioso y arreglabas tu cabello, mientras yo hacía sonar cada hueso de mis manos.

Al confesar que hace dos semanas que «andaba» con otro tipo, sé que creíste que era una broma, pero luego al darte cuenta de la realidad, sólo golpeaste mi rostro y lloraste.

Claramente recuerdo que me dijiste que querías saberlo todo y saber cómo sucedió.

Yo no quise hacerlo, más daño te haría conocer paso a paso la fatal historia.

Una de tus preguntas más repetidas fue quién era el tipo, no podía decirlo, ni a ti, ni a nadie.

Sólo sé que debía terminar con este asunto, el otro hombre era mejor que tú y por supuesto me interesaba mucho más.

Tu rostro permaneció inmóvil, desde ese día todo acabó. Sinceramente nunca me afectó el hecho aquel.

Seguí viéndote día a día y cada noche veía a ese hombre, que aparte de atenciones, amor y enseñanzas, me entregaba un gran cariño paternal.

Más de alguna vez hablé contigo y siempre salió el tema del otro hombre, muchas veces te dije que no te contaría más.

En una de las tantas conversaciones que mantuvimos, me dijiste que descubrirías quién eray lo matarías. No tomé en cuenta tus expresiones ilógicas.

Caminaba hacia el hotelucho de mala suerte donde nos encontrábamos a diario.

Llegué y él ya estaba en la pieza. Semi desnudo un hombre mayor de unos 50 años, que esperaba ansioso, tendido sobre una cama, a una jovencita de no más de 19 años.

Dejo mis cuadernos sobre una mesa, le sonrío, me dice que me acerque, para que igual que todos los días, le haga cariño en la cabeza, lo bese y comience un ritual que más que amoroso está lleno de... no sé qué cosa.

Cuando ya mi ropa estaba en el suelo y sobre la cama yacían dos cuerpos desnudos, acariciándose y buscando la seducción... la puerta de madera se abre de un golpe, salto de la cama intentando cubrirme, nunca en toda una vida de pololeo me habías visto desnuda, jamás habías intentado más que un beso, un abrazo fuerte o alguna caricia.

En la cama, sin entender nada, estaba el hombre a quien más odiabas y a quién más querías, el hombre que te dio la vida y a quien en ese mismo instante tú se la quitaste.

EL VELORIO

Tirilla

«Nadie podría imaginar los trastornos y las desdichas de que es capaz un animalillo tan pintoresco y vil, y de vida tan efímera como es el hombre. En un combate o bajo el azote de una peste se aniquilan y desaparecen en breve lapso millares de personas».

Erasmus de
Rotterdam.

La ampollita, alumbraba las cabezas y las convertía en puntos giratorios, cada una a la vez y cada cual al centro de la mesa recargada con un mantel floreado que discrepaba con el ambiente seco del lugar. Círculos negros y pelos negros emergían como agua a borbotones y se fugaban entre los choques de las copas y el masticar de las comidas. El vino, mezclado en los colores, embriagaba aún más los cerebros ya perturbados por el pasar de la velada.

Debían ser las seis y las ganas seguían tan limpias como en el comienzo. Nadie había desteñido y a pesar de que más de una cara mostraba una mirada desorbitada, los brindis continuaban y con ellos, la comida y con ella, el sonido de los dientes, los flatos, las bromas y uno que otro vómito de cebollas.

El compadre Roberto era el más ebrio de la estación y su aspecto denunciaba una pronta retirada o a lo menos un

descanso obligado para seguir la jarana. Se mecía en la silla y anotaba una sonrisa a cualquier movimiento que expresara humanidad. Su pelo caía lacio y desorientado. Su cara, dibujada de extraños tics, exponía un color azulino de labios, un ojo entreabierto y el otro mirando una fijación desconocida. El compadre Roberto, sin duda estaba en el país de las gotas y el fermento y este éxtasis lo transportaba a la espesura de la suavidad, al vuelo del pájaro cargado de plumas (aprisionando el cielo), a la ecuación del bulto terrenal y al sueño del golpe sin dolor.

- ¡Compadre Roberto!: Hey, ¡compadre Roberto!: -vociferó Gregorio Rodríguez, hermano mayor de la familia y ley desde la muerte de su padre.

- No puede ser -continuó-. Son recién son las seis y media y el compadre se nos muere... esto no puede ser...

En otro espacio de la misma revolución, Dolores Rodríguez, tercera hija y única mujer del clan, observaba la cocina transfigurada por el sonido de los corchos y con un tono extraviado repetía y repetía:

- Parece un cajón de muerto, un envoltorio de gusanos blancos...

Luis, el menor, abrazado a una botella y colgado de su hermana, miraba la fotografía de la puerta, en la cocina, e imaginaba a la modelo del comercial desnuda y moviéndose malabarísticamente con él debajo, de costado, de frente o en cualquier posición que intersectara con su sexualidad. Encendido por este trance no ponía atención a su hermana y con voz de animal mugía:

- Te velaría toda la vida, toda la noche...

Fue en ese momento cuando José Rodríguez, el «Loco Rorro», atrapó las aspiraciones e interpretó el futuro de la familia.

El Rorro tomó una copa con vino, la sorbió de un toque, se limpio la boca con la polera y se paró sobre la mesa. Las flores del mantel daban a su portura una sensación de primavera en retirada, su rostro malicioso contrastaba con la pequeñez de sus manos, su pelo ondulado daba más movimiento al acto giratorio y su argumento preciso de palabras rápidas, comunicaba a sus parientes la desgracia del pobre Roberto y desembocaba vertiginosamente en los preparativos del ritual.

Julio Rodríguez y Segundo Rodríguez, los mellizos, partieron a buscar velas. La señora Rosalía, viuda de Rodríguez, trajo un lavatorio de esos antiguos, y limpió al compadre con

una tranquilidad tal, que ni la propia madre del vinagre hubiera hecho mejor, ni siquiera en la vendimia o en el día de la uva sin pepas hubo tanta pulcritud como fue en la operación que se le hizo al compadre Roberto. Su rostro quedó estirado, inmaculado

A las seis cincuenta y con aire de relámpago, llegó Luis con un atuendo en sus manos. Era el mejor traje del difunto: Don Gregorio José Rodríguez Pérez . Ante la mirada atónita de su madre y el beneplácito final de su pupila, los que se encontraban en la habitación desvistieron al compadre, lo peinaron y cambiaron su capullo hasta dejarlo impecablemente disfrazado, lo pusieron sobre la mesa envuelto en su primavera plástica y rodearon el mueble con las sillas.

Eran las siete cuando Julio y Segundo llegaron con las velas, además de cuatro candelabros improvisados con cartón platinado y algo de ingenio. Dispusieron los artefactos en cada esquina de la mesa y todos se sentaron ocupando el espacio alrededor, menos la cabecera que permaneció vacía, simplemente vacía.

Gregorio tomó una garrafa y sirvió vino a la familia. Tomaban y observaban con la vista desperdigada en direcciones inciertas. Luis decía:

-Lo velaría toda la noche, quizás la vida entera...

José reproducía sonidos de papel cayendo o crujiendo en la mano. Gregorio pregonaba:

- Y tan bueno que era, tan bueno...

La señora Rosalía atisbaba el traje y tomaba un trago observaba el traje y calentaba sus horas con instantes añejos que apelaban a borrar una huella insostenible por su profundidad. Dolores cantaba una canción de amor y una visión del tiempo donde ningún espacio estaba alterado. De vez en cuando una sonrisa o un recuerdo placentero iluminaba su voz, haciéndola concordar con las flores del mantel, en otras, su anhelo de maternidad se tomaba preciso cuando mencionaba los posibles nombres de sus hijos. Definitivamente, en todos caía el vértigo de la muerte y el destino.

A las ocho los tragos seguían corriendo y el ambiente cambiaba su figura de una tristeza aconsejada, a una alegría primitiva que finalmente invadió el lugar y llenó de luz las caras, las cabezas y los cuerpos de los Rodríguez.

A las diez la alegría caminaba directo al desenfreno. Todos, menos el Rorro, habían tenido su turno en la mesa y cada uno había hecho su mejor actuación, su mejor gracia en ésta tan desgraciada situación. Dolores hizo una imitación de cerdo con tal maestría, que sus hermanos le dieron de premio

un mechón de pelo del compadre Roberto. Dolores agarró el galardón y terminó su acto poniéndoselo como bigote ante las espirales risotadas de la familia. Por su parte, Gregorio había cantado un Bolero, el preferido de su padre, mientras derramaba vino a cada célula familiar. Terminó diciendo:

- El vino mancha la ropa y hace que la sangre se ponga color esperanza.

Los mellizos no tuvieron tanta suerte y sus malabares terminaron con patadas familiares en el poto y el corte de suministro alcohólico por una hora. La señora Rosalía desapareció por media hora, tiempo en que tomó unas verduras para armar una sopa con las sobras de carne para seguir la función confundida en el velorio.

Eran las once y José comenzaba su presentación. Se trepó una garrafa llena al hombro, de ahí a la boca y se bebió por lo menos la mitad del vino. En unos instantes se desplomó y su cuerpo abrazó al suelo aprisionando su textura. Todos se rieron ante tamaña estupidez y cuando hubo quedado el piso chorreado de vómitos y cuerpos amontonados, el velorio se

fugó en la luz atrapada por las velas.

A las doce cinco el fuego continuaba constante, sostenido. La luz daba vueltas por el aire y manoseaba los cuerpos de los difuntos estirados en la pieza. Mimaba las caras dándoles aspectos migratorios y la cama de la pupila en los ojos cerrados, inundaba la oscuridad de sus sueños y contenía a toda la noche.

Así pasó el velorio y a la una no se percibía ningún espejismo que nublara la situación. Las velas seguían encendidas y no se experimentaba tensión alguna en este universo. Todo era tranquilidad. No existían sueños, ni vidas, ni embriaguez. Todo era equilibrio de velorio. Fue justamente en ese momento cuando el compadre Roberto despertó y se vio arropado como muerto y con cuatro candelabros alumbrándolo por las esquinas. La variación de la muerte lo tocó, dejándolo prisionero en el espejo que el suelo, las sillas y el cuarto entero le presentaban. Sus pensamientos arribaron a una especie de contradicción entre la aridez de su boca y su limpieza camal. No comprendía el paso tartamudo de ese día y sólo atinando a escapar lo más pronto posible, partió repitiendo:

- Estas bromas no se hacen, estas bromas no se hacen...

FABULATA

Tirilla

Aun mentiroso le salió un diente de leche. Un día, cuando caminaba por la calle, siete guaguas lo pescaron y le volaron la dentadura, incluyendo aquel precioso y extraño tesoro.

Decrépito de mordedura, asomó su boca en flor. Pero en verano, cuando el calor oprime la piel, se le marchitó dejando al pobre mentiroso muy triste en su mudéz.

Paupérrimo de besos, sus ojos se encendieron. ¡Qué mala suerte! El viento de invierno sopló tan fuerte que los apagó. - Soy un desgraciado -de dijo el mentiroso.

Siguió su camino, diminuto de horizontes, y así fue que en su nariz se edificó el aroma. Algo mejor le pareció esta suerte al desdichado hombre, pero qué se le va a hacer; un temblor la derrumbó.

Sólo le quedaba oír o tocar. Escuchaba los reproches de su cuerpo y, a la vez, tocaba su vieja osamenta.

Desesperado, ínfimo de aire, su cuerpo quedó extasiado y murió.

Hay que hacer las reverencias, el tiempo cobra sus huesos y el alma queda distante en los sentidos.

THE NEW PHILOSOPHY

Tirilla

Se debe hacer filosofía en zapatillas. Esto implica sustantivamente correr con comodidad por la acera dura, fría o cálida que el cemento estira.

El crecer es avanzar como un auto a velocidad prudente, con sus neumáticos bien alineados y el conductor éticamente pisando el embrague, el freno o el acelerador. Es decir, con orden y tranquilidad, mientras las zapatillas bien amarradas, pujan al pie con una precisión de dioses y una exactitud fuera de toda duda.

Y a pesar de todo, siempre hubo accidentes.

UNA FABULA

Boris Leyton

Era Juan un niño travieso, gustaba muchísimo de sacarse el ojo izquierdo y observarlo con el derecho, y viceversa. Otra de sus grandes entretenciones era desencajarse ambos ojos a la vez, claro que esto tenía ciertos inconvenientes: Primero, le costaba una enormidad poner sus ojos en los orificios correspondientes, y segundo, era aún más difícil el ponerlos en su respectivo orden, quedando, aveces, viendo figuras indescriptibles, producto de que sus ojos no podían acostumbrarse a las extrañas posiciones a las que eran forzados a tomar.

Un martes, 13 de mayo, en la mañana se aburrió de ver televisión. Corrió a su cuarto, para que no lo regañara su familia. Comenzó su ritual de entretenimiento, golpeó tres veces su cabeza con un martillo verde (era verdadero), se mordió mil veces los dedos de los pies, estaba listo para sacarse de órbita los ojos. Metió, entonces, su dedo índice derecho en su ojo izquierdo, su ojo derecho sería invadido por su pulgar izquierdo. De una vez, por fin, dos ojos en la mano. Los malabares no tardaron, había logrado tal maestría sin sus ojos que podía realizar maniobras extraordinarias, era simplemente un genio.

Para dar inicio un triple salto mortal. Un éxito. Siguió con el acto de los ojos fakires, que consistía en presionar sus ojos contra un pliego de papel con clavos. Luego jugó billar, les prendió fuego, jugó al «matecobre», etc. Llegó entonces el momento de crear un nuevo truco. En ese instante se cruzó por su mente el trapecio de Plutarco, su cuervo.

Caminó rápidamente (como si tuviese los ojos puestos), abrió la jaula de Plutarco, lo corrió de allí con una regla, una

vez que salió el pájaro de la jaula introdujo sus ojos, los sentó en uno y otro extremo del enrejado. No sabía por qué estaba tan nervioso, hacía tantos actos peligrosos y algo tan simple lo asustaba. Comenzó el acto.

Instantes después se podía ver dos esferas volando de un

lado a otro de la jaula. Sin saberse cómo salieron disparados los dos ojos, directo al pico de Plutarco. El cuervo miró a Juan, mostró su podrida dentadura (al parecer reía), y se tragó los dos ojos de una sola vez. Al darse cuenta Juan de lo ocurrido, buscó su set de ping-pong. Dos pelotas, un pincel pintó dos negras pupilas. Se puso las pelotas en reemplazo de sus ojos y bajó donde sus padres, que estaban en el living jugando con sus dos hermanos.

- Mami, Papi... se me perdieron los ojos, parece que se los comió el Plutarco.

Entre risotadas se pudo oír la voz del padre.

- Te lo dije cuando llegaste con Plutarco: «Cría cuervos y te comerán los ojos».

(Después de tres días Plutarco vomitó los ojos de Juan, quien ahora juega con sus ojos es el cuervo... siempre que su amo esté amordazado).

COMPAÑERA

Pedro Herrera

El niño desde antes de aprender a caminar ya se salía de la casa, en cuatro patas al principio, en dos después, doña Eva lo cuidaba e incluso abrió una sala cuna en la fábrica, así no tenía que estarlo vigilando tanto, pero cuando tuvo que trabajar más, porque el mínimo se volvió una miseria y si uno no hacía horas extras se le iba todo en puras deudas, empezó a dejarlo en la casa, fue esa maldita noche cuando se volvió salir. La Hortensia le decía, que tenga cuidado,, que cómo puede hacerlo, no lo vaya a lamentar, y si lo muerde, doña Eva usted es muy confiada y no sabe las cosas horribles que pueden hacer los animales con los niños, pero ella no hacía caso, que le van a enseñar esas señoras, si los únicos animales que conocen son sus maridos, hay animales confiables y no confiables y sólo con experiencia se les distingue, que algunos son malos es verdad, pero la coneja es una santa, una verdadera madre, mejor que esas viejas alaracas e ignorantes, jamás descuidaba una de sus camadas, ni dañaba a sus crías, si era abuela, bisabuela y hasta tatarabuela, y seguía teniendo hijos, y pensar que cuando la compró ya era vieja, ella elegía a los machos que quería y no dejaba que otros se le acercaran, si se ponían porfiados los mordía y hasta los capaba para que no volvieran, si hasta los gatos le tenían respeto, ella lo sabe porque los escuchó peleando una noche, esos gatos maricones que se llevaban a sus crías y hasta los conejos viejos, a veces los despedazaban en el techo, si se llegaban a poner gorditos de puro conejo y cuyes que comían, especialmente el plomo, tan gordo que parecía que lo habían capado, el condenado era más malo que el diablo, lleno de cicatrices, si hasta tenía un ojo menos. La coneja era brava como toda madre, como toda hembra que se hace respetar y sabe poner a raya a los hombres, era una verdadera madre y no le haría daño a ningún cachorro menos al suyo, porque ella jamás la había tratado mal, era una lástima que no hablara o hiciera gestos como los perros, pero era cosa de verla para saber lo que estaba sintiendo. Al principio ella tampoco lo entendía, si la bolivianita que se la

vendió le había dicho que era animal de conejera, pero se escapaba, no para irse a la calle o donde los vecinos, sino para meterse en la cocina, como si fuera gato, mientras ella preparaba la comida. La dejaba en la conejera, pero se volvía a escapar por más que le metieran piedras o le echara cemento en las cuevas, la coneja siempre se salía para meterse en su cocina, debes saber que no te voy a meter en el homo, porque te quiero para que me llenes el patio con tus crías, al fin terminó aceptándola, porque era simpática y le hacía compañía, allí se quedaba quieta debajo de la mesa, no aceptaba ningún cariño, se corría, pero terminaron formando un equipo, ella pelaba las verduras y la coneja se comía las cáscaras, muy lentamente porque no era glotona ni mascota, tal vez su amiga, mejor que cualquier vecina, ella le contaba sus cosas, las mismas que antes a nadie le decía, sólo ella hablaba y la coneja escuchaba, si como sería que hasta le movía las orejas para que se diera cuenta de que la escuchaba, y dejaba de comer en la partes más tristes, porque la gente decente no come cuando le cuentan tragedias, por eso no le incomodó que el niño más chico, que caminaba por la casa con el puro pañal, hecho de sábanas, las mismas que doña Eva hacía de sacos de harina que mandaban los gringos o los alemanes a través de la iglesia, y que ella no veía desde hace un par de años cuando apareció el mercado negro, y la iglesia negó que siguieran llegando, pero los seguía comprando, porque esos sacos vacíos, que antes los hacían guaípe, era la única tela blanca que se podía conseguir.

El niño la tocaba, a todos los niños le gustan los bichos con pelos, en especial las barbas de los viejos, por el contrario le advirtió al niño que no le hiciera «nana» al conejito, pero el chiquillo sólo le hacía cariño con cuidado, como si supiera que los animales son delicados y también sufren, si hasta se extrañó porque no parecía niño, no diría que parecía niña, porque había visto unas cabras más re malas, pero el niño no era como los otros que había tenido, que los que había conocido, mejor, así no tenía que estarlo vigilando, ésa fue la primera vez que lo vio jugando con algo que no era él mismo, y sólo muchos años después se dio cuenta que ella nunca jugó con sus hijos. Jugó tanto el chiquillo que se quedó dormido y

como estaba casi piluchito, la coneja se acostó al lado para que no se helara, se quedó hasta tarde, hasta que ella se llevó al niño, sólo entonces se fue, ya no vivía en la conejera, hacía sus cuevas por todo el patio, después por toda la casa, y años más tarde cuando entraron los soldados, buscando armas y libros, y rompieron las paredes, y abrieron el techo, y sacaron las tablas del suelo, encontraron que una enorme red subterránea conectaba todas las casas de varias cuerdas, cubriendo amplios sectores periféricos, probablemente tácticas vietnamitas, aprendidas de los mercenarios, esos hijos de puta que se paseaban por las calles como si fueran dueños, pero la noticia no se siguió publicando porque estudios realizados por los ingenieros militares determinaron que si alguien vivió allí, sólo podían ser duendes o conejos, y considerando que los duendes viven en los árboles o en las paredes, más se inclinaron por los conejos. Además los duendes no tenían militancia política conocida y se rumoreaba que amasaban grandes capitales extranjeros, convertidos en lujosas y burguesas monedas de oro, además no era cosa de ahora sino de mucho tiempo, así que tampoco podía decirse que se lo robaron a la Patria.

La primera vez que se perdió el niño todos estaban asustados, lo buscaron donde los vecinos, debajo de las camas, en los roperos, con una vela amarrada a una cuerda lo buscaron en el pozo negro, no estaba por ningún lado, iban a llamar a los carabineros cuando llegó la madre y le contaron la noticia, pero ella no se dejó emocionar y preguntó dónde lo habían buscado y cuando nadie nombró la conejera, supo encontrarlo, allí estaba, al principio creyó que jugaba con los crios de la coneja, pero se dio cuenta que los animalitos estaban muertos, tal vez al nacer, les estaba dando besitos, hablando pa' callao, como si estuviera haciendo una maldá, como si le estuviera dando el pésame, esa vez ella se enojó con la coneja y le dijo que no le iba a aguantar que se lo sacara de la casa, después fue más fácil por lo general bastaba con buscarlo debajo de una cama para encontrarlo, abrazado a la coneja, profundamente dormido, casi piluchito, pero sin frío, con sus mantillas cagadas, quizás de qué hora, pero contento. De antes que aprendiera a caminar se empezó a salir de la casa, en cuatro patas al principio en dos después, la Eva

trataba de tener cuidado con el niño y hasta logró que abrieran una sala cuna en la fábrica, la misma que le mostró al Presidente, la vez que se fue a meter con todos los chupamedias del sindicato, con los sinvergüenzas del partido, con los periodistas, con los guardaespaldas y sus amigos extranjeros, esa vez que la Hortensia Cortés le fue a llorar para que la jubilara luego porque se había pinchado un dedo, por favor compañero mire que tengo hinchado y con pus y ya estoy vieja, y le mostraba el dedo morado y la herida amarillenta para conmoverlo, pero él la paró sereno, ¡pero cómo yo trabajo igual y a mí me falta el dedo!, que la revolución se hace con trabajo y no con pensiones que si no lo mirará a él, al propio compañero le faltaba la falange del meñique izquierdo y sin embargo, estaba en eso cuando lo tomó doña Eva, le quiero mostrar algo Presidente, creo que le va a gustar, entonces lo llevó a la sala de cuna, mientras las envidiosas alegaban, que cómo puede ser, que esa es momia, que la pobre Hortensia, que se lleva al compañero, que le va a mostrar la porquería de sala de cuna, pero el presidente estaba entusiasmado con la señora, él sabía que eran votos como lo de ella los que no le había permitido gobernar antes, y quería saber más, la tomó del brazo y la acompañó, dígame compañero no más, pero no hubo caso hasta que ella con respeto tuvo que aclarárselo, mire señor mis compañeros son esos que se quedaron gritando allá atrás, con ellos trabajo y nos las vemos negra todos los días, usted es mi Presidente y lo respeto, ahora no me pida que me vuelva mentirosa o chupamedia, es que mire que yo no lo puedo ver a usted como un igual, pero es que si somos iguales compañera, de eso se trata la revolución, usted me va a perdonar, pero cuando quiera escuchar un discurso suyo voy a prender la radio, ahora mejor conversamos un poco para no perder el tiempo, ya habían llegado a la sala cuna, y ella le explicaba que la inauguraron como hace dos meses, después que tuvo que criar a dos de sus hijos entre las cajas de cartón de la bodega, primero en una de jureles, después en una de sardinas que son más grandes, allí ponía a las guaguas al principio, hasta que logre que el administrador construyera esto, tuve que hacer listas de todas las mujeres y sus hijos, y hasta conseguir mano de obra para que la construyeran, ah, pero

eso lo logró porque yo mandé una ley que ordenaba que se constmieran sala cunas en las fábricas para los hijos de las compañeras, me va disculpar de nuevo, pero si yo no hago esto no lo hace nadie, la cosa no es como se la pintan los partidos, ahora usted llega y hay de todo, incluso hasta barato, se va a ir mañana y de nuevo van a ser las mismas cuestiones, la gente lo aplaude, y le dice que está contenta, pero mañana se van a seguir quejando, porque van a volver los problemas... él la quedó mirando y sonrió de nuevo, esa es la revolución que tenemos que hacer compañera, si sus compañeras, ésas que votan por mí, pensaran como usted, este país ya sería como Cuba o alguna otra potencia, lo vio cansado era simpático y cuando lo militares dijeron que se había suicidado lo lloró hartó, pero respiró tranquila cuando supo que no era él, sino el doble el que se había matado, es que tenía todos los dedos el muerto y ella sabía que al Chicho, al verdadero Presidente le faltaba el dedo chico de la mano izquierda, la radio lo repetía por la noche, cuando entraron los soldados buscando armas y libros, y rompieron las paredes, y abrieron el techo, y sacaron las tablas del suelo, mientras afuera unos hombres con ropa de civil detenían a la gente con sus perros, el niño se había salido, y el animal se había soltado de las manos, un soldado cargó el fusil tratando de hacer blanco para salvar al niño, pero la bestia ya casi estaba encima de la guagua, cuando le fue a mandar el mordisco se atragantó con una pedazo de coneja, que nadie la vio aparecer con el susto, el animal la apretaba furioso, y la madre creyó que era la sangre de su hijo, un tiro seco y fuerte se llevó al perro, pero ni aún así soltó a la amiga.

EL DESIERTO

KITARA

Atisbaban las estrellas, la luz de la luna contorneaba nuestras siluetas. El desierto cubría con su manto onírico nuestras almas, nuestros cuerpos, nuestro momento.

Creo que ambos intuimos que la vida llegaría ajuntarnos, nos conoceríamos y sabríamos de la existencia de ese sueño... ese momento llegaba.

Sentada en una roca; observando las tonalidades del ocaso, me hallaba. Un punto, sólo eso: su primera aparición. El violeta rojizo del cielo desteñía. Supe que era él, se acercaba a paso seguro, como si adivinara que yo también conocía la verdad, nuestra verdad. El sol era una gran bola de fuego que caía lentamente en el horizonte. No continué observando aquella figura, mi mirada se concentraba en aquel astro centelleante que desvanecía. Poco a poco comencé a sentir un tibio calor que me cubría por completo; hasta que por fin nuestras miradas se cruzaron y fueron una. Sólo un hálito casi nocturno nos separaba. Interminablemente nos conocimos, detalladamente, sólo con la mirada.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Cuál sería su nombre? Demasiadas preguntas por nada.

Sus ojos profundos, ébano puro, podían expresar sinceridad. Sus labios, contorneados como por un pétalo de cielo y suavemente teñidos de sangre, jamás pronunciaron palabras, innecesarias para aquel anochecer, sólo bastaban para una sonrisa.

Mis manos, trémulamente, se posaron sobre su rostro a secar una nota de lágrima, que caía de sus grandes ojos fijos; sentí las suyas al acariciarme levemente las mejillas.

Las primeras estrellas se asomaban tímidamente en el aterido, y a la vez florido desierto.

Encendimos una fogata y en un abrazo nos conocimos más.

El tiempo se detuvo, cuando mirando recostados sobre la arena milenaria las luces estelares, un beso floreció. Danzamos un interminable baile de sueños, mientras que el claro de luna se hacía sentir a nuestro alrededor.

Comenzamos a volar. Primero fue el valle. Viajamos a través del verde paisaje, incansablemente. Nuestras manos se mantenían firmes, tal vez por miedo a separarnos. Súbitamente nos elevamos por las grandes montañas de la cordillera. Nuestros cabellos jugaban sin parar con el viento en la altura. Subimos, subimos, riéndonos, mirándonos.

¿Qué sucedía? ¿Qué significaba todo eso? ¿Por qué? Por un momento un frío electrizante subió por mi espalda, helándome por completo. Repentinamente dudé de lo que acontecía, pero no podía despertar, no quería hacerlo... lo amaba.

Lo comprendía todo, aquel ser amado y amante, serenamente, unía nuestros ideales y esperanzas. Fuimos felices.

Volábamos como nadie lo ha hecho. Mi pies casi rosaban la nevada de los picos cordilleranos ¡Cómo volábamos! Es inexplicable el poder adjetivar aquella magia de que éramos presa. Fuimos dueños del mundo, del universo y casi perdonamos a los hombres. Pero, ese instante no lo destruiría ninguno de ellos, nadie más podría penetrar el halo quimérico que nos envolvía. Lo vi todo, montañas, nieve, cielo, árboles, prado... y luego el mar. Eramos un fulgor de viento súbito, comprendiendo, anhelando, casi tocando el agua salina, queriéndonos y amándonos, en silencio.

Increíble, en mi vida jamás hubiera entendido la existencia de aquel océano que se dejaba ver majestuoso bajo nosotros, extenso, sublime. Cómo olvidar la noche clara, la luna coqueteándonos y ese mar con su azul resplandeciente. -Te amo- Me susurró con la mirada.

Nuestras manos comenzaron a separarse. Nos alejamos en direcciones opuestas. Quizás cuánto tiempo ese vocablo no tenía razón de ser ahora.

Navegamos el cielo infinito, surcamos cada rincón del paisaje, con nuestras improvisadas alas invisibles. No lo vi más, no lo busqué, sabía que estaba conmigo. Seguí, seguí admirando la belleza. Continuaba a ras del mar y, de vez en cuando, mojaba mis dedos, al pasar fugazmente por él. Me dirigí raudamente a un puno en el horizonte, al llegar él también lo hizo; nuestros dedos fueron compenetrándose uno a uno, llegando a ser sólo un vínculo. Súbitamente nos encontramos en el angelical ambiente donde por primera vez nos sonreímos: el desierto. A lo lejos nos observaba la luna.

Al llegar nos sentamos. Debíamos, queríamos seguir viviendo. Descansamos. Mis sentidos se habían agudizado. Podía oír a lo lejos el descenso de una catarata; y más aún, divisar sus colores transparentes.

Me di cuenta que el mundo era nuestro. Lo teníamos todo: felicidad, ilusiones, anhelos, ideales y amor... pero aquí, en el desierto.

El, alejado un poco de mí y sentado en unas dunas, ahora se acercaba lentamente. Me cogió de las manos. Y desnudos comenzamos a caminar por el extenso paraje. A medida que lo hacíamos, comenzamos a flotar, nos manteníamos suspendidos en el aire; sin embargo, podía sentir el suelo, la arena fría que temblaba al ser cómplice del lúdico momento. Los cuerpos comenzaron a resplandecer. Nuestros ojos se dirigían y, de vez en cuando, una palabra. Un aliento sobre humano llegó hasta mi cabeza produciendo vibraciones subterráneas, que las sentía muy claramente. Creo que fue el causante de empezar a perder sensibilidad sobre mi cuerpo, prematuro de sensaciones tan incomprensibles, pero a la vez, tan únicas. Primero las piernas, fue como si un lento remolino azul las borrara con un ala de sueños, y en su lugar pusiera esplendor; subiendo lentamente por mi cuerpo. Sólo mi visión permanecía igual. Formé parte del aire. Y así, avanzamos y avanzamos.

Luego de un rato nos separamos. Los colores del firmamento habían comenzado a cambiar ¡Qué hermoso era todo!

El aún no volvía, no sé cuánto tiempo desapareció. Fue cuando entonces, un cuerpo que espiraba pureza y candor se encontraba en frente de mí. La tristeza asomaba en sus ojos y me miraba, intensamente lo hacía.

¿Qué quería expresarme? ¿Qué quería decirme? Nos fundimos en un abrazo y comenzamos a llorar; mientras, los rojos, los azules, los violetas del amanecer, se combinaban incansablemente.

Comprendí que todo lo sucedido era parte de nuestro secreto: un hermetismo completo de aquella unión en un lugar tan inhóspito y... blanco. Si no, ellos, «los grandes», «los verdaderos», «los homo sapiens» llegarían con «su sabiduría» a separarnos. Amargamente lloramos... estábamos en el desierto.

Una ráfaga de viento nos llevó a abrigarnos y acechar el alba, que despuntaba sin miedo. Pero caíamos en un sueño profundo. Soñé con lo vivido y lo sentido.

Un rayo de luz cayó sobre mi ojo. Desperté. Me incorporé rápidamente: él no estaba. Fue en ese instante cuando me di cuenta que, en el lugar donde lloramos, una flor se asomaba, un sol intenso, con vida, con amor. Y junto a ella un pajarillo comenzaba a trinar. Mi cómplice, la nueva alborada. En los ojos del ave aparecía despacio una gota de tristeza. Comprendí que debía marcharme, debía volver a mi mundo degradado. Quise tomarla, pero se escabulló y voló al cielo matinal. Voló como yo lo hice, libre. Se alejó.

Un punto, sólo eso: mi última visión. Regresé. El desierto era pasado.

EL RETRATO

GIA

Era una mujer joven y hermosa, con una sonrisa embriagante y sensual, impropia de la época. Sus pupilas negras brillaban con malicia. Entre sus manos, las espinas de una rosa se incrustaban en sus dedos dejándole una gota de sangre a la vista.

La he mirado tantas veces que parece que la mujer sonríe sólo cuando la miro y cuando vuelvo la espalda, frunce el ceño. Parece como si de pronto fuera a bajar de ese marco o se pondrá a hablar conmigo.

La joven sonreía apremiando al artista para que terminase la sesión. Pero él seguía pintándola con euforia. Al final, la dama comenzaba a desabotonarse el vestido; el artista poseído de la más alocada lujuria, se arrojaba sobre ella, revolviéndose entre los cojines del estudio durante toda la tarde, hasta que la dama lograba zafarse un poco y corriendo por los pasillos del caserón se perdía en la ciudad, para llegar a su casa donde el procurador, su esposo, la esperaba contento de verla feliz.

Si el silencio pudiera contarle al mundo lo que siento. Como es que pude enamorarme de una niña tan bella pero tan joven. Que por ser quien soy sus padres no pudieron negármela. He tenido su cuerpo junto al mío. Sé que se deleita conmigo, sé que siente placer cuando hacemos el amor, pero también sé que no me ama. Su corazón de doncella errante, vaga por los límites de la ciudad buscando a quién amar. No me teme, su inocencia maliciosa le impide ver pecado en la búsqueda del amor. Pero qué he de hacer yo, si dejándola vagar obtengo su cuerpo de diosa sacrilega sin tapujos. ¿Qué haré cuando encuentre el amor? No podría soportar el saber que su cuerpo es dominado por otro. Es una pequeña bruja de ojos azules y pasión desbordante. La amo.

La luz de un nuevo atardecer iluminaba el cuadro donde dama aprieta su rosa desangrándose los dedos lentamente. Sin embargo sé que hay una mujer que me espera en casa, una mujer que me ama, pero ella la dama del cuadro está ahí, tentándome a besarla, a desearla con fuerza, a amarla. Y esa

mujer que espera en casa continuará esperando, mientras yo aquí derrito mi pasión en el más cruel de los egoísmos. Siento mi falo erguirse ante la imagen de mi dama y ella desde lo alto sonríe, sonríe cuando me ve mi excitación y cuando el semen corre por mis pantalones. Pienso en ella como en una niña hechicera. Hay veces que siento un suave perfume invadiendo mi oficina, debe ser el de ella. Podría acercarme y tengo la certeza de que bajará al fin y tocará con sus pianos las mías. Me está robando el alma.

Sintiendo su pequeño cuerpo terso y blanco a mi lado, entregándose por completo, siento que se me abren las puertas de la creación. Imagino al mundo con colores indescritibles.

Y allí está ella, sentada, mirando fija con sus pupilas azules, tanto como el azul de la noche que se toma negra al mirarla, con sus manos que sólo merecen tocar belleza ¿por qué no he de ser el único que conozca sus secretos de mujer? Sólo hay otro que los conoce y ése es el que me robó la primicia.

La noche estaba tan oscura como una cueva, sin estrellas que indicasen el camino. A lo lejos, el canto de las lechuzas helaban el alma de quienes transitaban por lejanos senderos. La hierba crujía ante el paso de alguien cuya respiración agitada, traicionaba cualquier intento de no hacer ruido. En una de sus manos, una espada que empuñaba con fuerza, corría agazapándose entre los arbustos hasta que de pie junto a una ventana iluminada, atisbo por el borde, contemplando el cuadro de la dama en la pared. El pintor lo había terminado esa tarde y la dama como una niña engreía por un regalo, daba sal titos de alegría para que se lo entregase luego. La tomó entre sus brazos para desvestirla, pero ella, con una furia desconocida por él, retiró sus manos con fuerza y se fue con el cuadro, lanzándole una bolsa con dinero. Ahora estaba ahí, husmeando. La habitación se veía confortable, sobre la cama, dos cuerpos se revolvían. Debajo de las sábanas apareció un hombre desnudo. Era la dama que asomaba su cuerpo de diosa debajo de el procurador. El artista golpeó la pared con los nudillos haciéndoselos sangrar, apretó la espada y se alejó por el camino que había hecho al llegar. Su niña de ojos azules como el cielo pertenecía a su esposo y él, no podía hacer nada por evitarlo. Si hubiera sabido que al terminar el retrato...

Mi alma se congela en un murmullo de vida. La dama me está destruyendo. Me enloquece pensar en su cuerpo blanco y suave, en sus ojos negros, en sus labios carnosos con esa sonrisa sensual, impura. Su fragancia ya se ha hecho fija en mi oficina, despertando mi libido. Necesito encontrar ese cuerpo, necesito sentir ese cuerpo bajo el mío, con sus cabellos ensortijados esparcidos en la cama, con esas pupilas negras clavadas en las mías. No como la mujer que espera en casa.

El amanecer llegó tocando las ventanas de la hacienda, la niña despertó sola. Contempló su retrato, iluminándosele los ojos de egolatría. Pensó en toda esa gente que al mirar su cuadro la declara bella. Embelesada, sonriéndose a sí misma, conquistándose con sus ojos, no sintió que su esposo regresaba a la habitación. El procurador levantó su daga y la hundió en la espalda de la mujer, una y otra vez hasta que se quedó quieta. Ni un sonido salió de la garganta de la dama. Levantó los ojos hacia el cuadro y vio en éste la misma sonrisa hechicera y la mirada seductora que minutos antes había visto en su joven e infiel esposa.

El artista se había suicidado, dejándole a la dama una carta donde el dolor de el desamor hizo volcar todos sus sentimientos. Mas la destinataria dormía cuando llegó la carta. El procurador lloró desconsolado frente al cuadro.

Sin bajar los ojos, tomó un abre carta del escritorio, la oficina estaba helada, el semen corría entre sus piernas una vez más, su cuerpo estaba agarrotado. Pensando en la mujer que le esperaba en casa, que le acompañó durante toda una vida y a la que aún amaba, porque sabía que la amaba, no podía continuar engañándose, no podía continuar engañándola de esa forma. Levantó el abre carta en forma de puñal y lo enterró justo en el corazón del retrato. Un grito recorrió cientos de años y llegó hasta donde el hombre. Todo había terminado, la mujer del cuadro se fue quedando y a, su sonrisa salió de su boca y la mirada se perdió en el vacío. La imagen que el artista había pintado tomaba posición nuevamente. La dama había muerto.

ADAN Y EVA O LA HISTORIA OFICIAL

CERASTO

Sentado en una roca, decepcionado de su vida, estaba Adán, más menos algún tiempo después de que por cadena nacional y por intermedio de un bando -el primero de la historia- fue comunicado de que por disposición del dictador de turno era condenado a exilio.

El, que había creído ciegamente en el nuevo gobierno, él, que no dudó en obedecer cada una de las disposiciones de éste y que por esas cosas de la vida, y por culpa de la mujer, la misma que el nuevo gobierno le había cedido por servicios prestados, era echado como perro de su hogar, que amaba tanto.

Eva, ardiente como siempre y cansada de Adán, sostenía una relación sodomita con un mono o varios monos, de ahí los errores de Darwin en relación a la «Evolución de las especies». No es que los primates estuvieran muy ahí con desarrollar el uso de sus extremidades, específicamente de los dedos de sus manos o el pulgar de sus pies, es que Eva los educó para sacar el mayor placer posible de estos animalillos juguetones.

Adán era más bien parco, arando la tierra y preocupado de los niños, sin duda y debido a su afán de congraciarse con todos, debemos suponer que Adán era sudamericano, de ahí la sentencia de Dios: «con el sudor de tu frente ganarás el pan».

Adán un día, reflexionando sobre el devenir de su especie, puso atención en Caín, quien a la sazón ya había dado muerte a su hermano, el judío Abel. Adán, ensimismado, mudo de la impresión, se percató, no explicándose cómo no se había dado cuenta antes, que él, Caín, tenía una incisión en el cuerpo, a la altura del estómago. ¿Qué era aquella marca extraña?, y se

observaba a sí mismo, pero él no tenía nada en esa parte de su cuerpo, pensó entonces en Eva y recordó que su ardiente esposa tampoco tenía aquella incisión. Pensó: ¡Te están jodiendo, Adán! Montó e ira, fue donde Eva y le sacó la cresta. Alrededor de él un montón de monos parecían burlarse. Se retiró pensando que qué juguetones eran esos primates, cuando, eureka, un mono distraído pasó delante de él, y cuál fue el asombro de Adán al observar que aquel primate desgraciado tenía la misma marca, en el mismo sitio de su..., bueno, de Caín, y ciego de ira, fornicó al mono con tal violencia que le dejó el poto pelado y rojo.

Desde entonces los humanos llevamos sobre nosotros esta marca, el ombligo, señal irrefutable de la fogosidad de Eva. Tiempo después, tras largas diarreas y dolores indescriptibles, de una extraña enfermedad murió Adán.

TEORIA ABSURDA DEL AMOR

Marta Parra

... Y mis ojos se fueron quedando vacíos, cual lápida sin nombre; recordé entonces, aquel perpetuo verso nerudiano: «Es tan corto el amor y tan largo el olvido», no podía dejar aquel amor callado para siempre y, sin despertar ni un quejido, me levanté sobre mi cuerpo pálidamente dormido. Sonaron en mi mente eternas melodías, pero mi corazón junto al suyo, ya no latía...

... ¿Qué criptas serenas, navegantes, me han de quitar esa alma de amante?, ¿Qué hombres han de llevarme a la tierra en donde ya no pueda adorar tu imagen serena?

Mil preguntas se atravezaban entonces, todas sin respuestas, y aún sigo pensando en ellas, como en tus manos frías que se resbalaban de las mías... Y entonces estalló, era esa tormenta, furibunda de atraparse en mi garganta; era llanto lo que corría por mi cara y, recordando cada centímetro de su piel, la recorrí pedazo a pedazo, los junté como las delicadas facciones de esa campana que está hoy quebrada.

Me duele saberte incompleto, pero me hiere aún más el momento en que me incorporo al mundo y sé que no eres mío. Que irrealdad es hablarte ahora, si ni siquiera sé qué es lo que soy, si estamos juntos, si estuvimos, si existes cerca de mí. o formas parte de alguno de mis arranques esquizofrénicos, en lo que me sueño dueña del alma de algún amante que siempre lleva tu nombre, tu rostro, tus manos, que siempre y para siempre serán tú. Entonces me torturo recordándote, intento tus poemas y me vuelvo a preguntar: ¿fuiste?

Sólo eso necesito, desesperadamente, saber si algún día fuiste algo entre mis manos...

Por mí no me preocupo, porque yo muchas veces he sido arena, espuma, seda resbalando sensual por tu cuerpo, sintiendo sabor a piel entre tus labios, pensamientos de tu pelo yesos ojos, ¡que ojos!, profundos y elevados, secretos, clandes-

tinios, cómplices de mi cuerpo junto a la luna, y como me acariciaban en pensamientos, esas miradas de ojos y hasta piel. Sí, fueron algunas veces una sola piel, que en sutil seducción desprendida de nuestra loca inocencia nos gritaba, y jugábamos en la arena, y... en fin, son recuerdos, añoranzas, de un pasado que ¿fue?

¿Dónde estás?, te he buscado, pero me faltan algunos de tus pedazos y no los puedo encontrar, sé que están en algún lugar de mi mente, tapados por el polvo del tiempo, resquebrajándose, humedeciéndose en alguno de nuestros sudores. Ya no puedo amarte completo, me estás faltando, ya me faltan hasta tus recuerdos, hasta en la memoria té alejas de mí, ¿o es que ya te fuiste?

Fuiste, ser, sido, maldita duda, soy esquizofrénica de amores, mi patología lleva tu nombre y qué nombre, si ya ni siquiera sé si Cristo fue clavado al madero, soy católica apostólica romana, profeso y te amo, y no estás. Creo que puedo seguir amándote tranquila, el Cuerpo de Cristo jamás fue encontrado, y yo, yo tengo en mis manos el sabor de tu piel.

Ahora sé, que si fuiste o no, eres en mí, parte de mi vida, sino completa; y si no has sido jamás, jamás he existido yo.

SARAH DE PISCO

Patricio Jara

Cuando faltaba una semana para que se cumplieran los ochenta años de la muerte de la esposa del Conde Drácula, nos enteramos que los pasajes para llegar al puerto de Pisco estaban más baratos que de costumbre.

La prensa y las agencias de turismo de la costera ciudad peruana, se había encargado de promocionar el asunto, publicando sus primeras páginas con rojizos SED DE SANGRE EN PISCO y VAMPIRA RESUCITARA EN LA CIUDAD. Los trípticos de los tours por la costa invitaban a pasar por unos pocos dólares una noche en el cementerio de la comuna. Los hoteles fueron los únicos que no bajaron sus precios, por lo que no sabíamos bien dónde pasar la noche.

La resurrección de Sarah Ellen Roberts estaba prevista para la medianoche del nueve de junio, pues según juró antes de morir ejecutada por prácticas vampirísticas, regresaría ochenta años después, tras ser asesinada en 1913.

- No era la esposa, era la amante- me dijo Paz, cuando nos subíamos a un microbús que nos llevaría desde Arica a Pisco.

- Qué importa -le respondí- Drácula tenía muchas mujeres. Nosotros leímos el libro de Stoker y él contaba que nunca ninguna de ellas se puso celosa.

- Yo vi la película y ahí también aparecía con varias niñas.

- ¿Niñas? ¡Las medias niñitas que tenía! -exclamé.

Nos demoramos demasiado en llegar a la plaza de armas de Pisco, aunque después tuvimos problemas para bajar por la única puerta que tenía el viejo y oxidado autobús.

Caminamos hacia unas bancas en medio de la plaza. Se notaba que estaban pintadas para la ocasión. Dejamos las mochilas en el suelo y encendí un cigarrillo, mientras Paz sacaba un sombrero para cubrirse del sol.

No aguanté mucho rato sentado y me paré a comprar el periódico en un kiosko de una de las esquinas de la plaza. Se

habían agotado. Por más que intenté conseguir uno, me fue imposible leer las últimas novedades a un día de la tan publicitada resurrección de la mujer vampiro.

-Tengo hambre- me dijo Paz, con un tono agobiado por el calor del mediodía.

- Trajiste frutas de tu casa ¿te quedan?

-No, me las comí en el bus. No te preocupes, por aquí debe haber algún puesto de frutas. Cuida las cosas, ya vuelvo.

Paz se puso de pie y le habló a un taxista. El hombre del auto le indicó un almacén y ella partió con paso apurado. Algo buscaba en su pequeña cartera de cuero con flecos que le colgaban de todas partes. Estuve pendiente de ella hasta que salió de la frutería. Venía cargada con plátanos, manzanas y hasta kiwis chilenos traía en una bolsa de papel.

- Todo esto por un dólar- me dijo.

Sus ojos le brillaban y no dudó en interrumpir a un anciano jardinero que regaba las gigantescas macetas de la plaza para que le lavara la fruta.

Cuando terminó de guardar lo que le sobró de su banquete, tuvo que acompañarme a comer una hamburguesa a un local bastante retirado de donde estábamos. Un compañero que pasó el verano en Pisco me lo había recomendado.

Esa tarde fuimos a conocer la ciudad. Casualmente llegamos al cementerio. Paz compró un stock de recuerdos de la ocasión. Decidimos no ingresar al recinto hasta la noche del día siguiente, por lo que el resto de la tarde nos dedicamos a buscar una residencial donde quedamos.

- Podemos pagar 10 dólares por los dos.

- Conforme -dijo la encargada de la casona.

Paz se caracteriza por llegar a acuerdo con todo quien le preste servicios o le venda algo. Así logramos siempre que nos hagan algún descuento, por mínimo que sea.

Esa noche no dormí bien. Paz se despertó cerca del mediodía; yo recién pude conciliar el sueño pasadas las cuatro de la mañana.

Después de regatear el precio del desayuno, llegamos aun acuerdo de cuánto nos cobraría por la siguiente noche.

- Es sólo para dejar las cosas porque vamos a pasar la noche en el cementerio- le dije.

- Cinco dólares. No puedo cobrarles menos -respondió, entre dientes.

La tarde se pasó demasiado rápido, quizás por nuestras ganas de que la hora señalada para la apertura de las puertas del cementerio llegara luego. También nos entretuvimos comentando la novela de Stoker y su última versión en cine, estrenada el verano anterior en Chile.

Le conté a Paz que muchos llegarían aquí, creyéndose Jonathan Herker en versión latinoamericana, el joven héroe británico de la novela original del Conde Drácula. En realidad reconozco que no sólo me motivaba la curiosidad del evento, sino que también las ganas de presenciar algo extraordinario.

Las casas aledañas al cementerio estaban cubiertas de cruces colgadas en las puertas y atados de ajos en las ventanas. La gente mantenía todas las luces encendidas, como si temieran que la promesa de Sarah Ellen Roberts fuera terriblemente cierta.

Paz se acercó a una de las viviendas y tomó un par de fotografías. Después ella posó en el frontis de una casa con una familia del lugar, a quienes convenció para que aparecieran en la foto.

Cuando el sol se escondió en el horizonte plagado de aves marinas que seguían, como si fuera una procesión, a los escuálidos pesqueros, logramos entrar al *graveyard*, como le llamaba Paz.

- Por aquí es, ¿cierto? -pregunté a un policía que ordenaba el ingreso de los automóviles de prensa.

No me respondió. Si los autos seguían una dirección determinada, es porque la tumba 118, de la mujer de Drácula, quedaba por ese lugar, atrás de una pérgola en homenaje a los caídos en la Guerra del Pacífico.

- Pachi, ¿quieres apurarte?

-¡Cómo tanto! -me respondió, un poco molesta. Había olvidado por completo ayudarlo con los bolsos de mano, en los

que llevábamos un poco de abrigo, las frutas sobrantes del mediodía y una cámara fotográfica.

- Yo te llevo un bolso.

- No te preocupes, lo llevé todo el rato y ahora te haces el amable.

Cuando llegamos a donde estaban los más de mil curiosos y fanáticos del vampirismo, la mayoría de ellos con poleras que decían: YO AMO A DRACULA, Paz cambió su determinación y me dejó llevarle uno de los dos bolsos. Eso le dio tiempo para comprar dos poleras. Ella ahora también «amaba a Drácula».

- En Antofagasta las vendo y recupero el dinero de la otra.

- ¿Te la vas a poner ahora? -le pregunté, mientras sacaba de la bolsa de plástico una de ellas.

- Pero claro que sí. Si es para la ocasión -comentó en tono irónico, mirando a los cientos de curiosos que llegaban a los alrededores de la tumba de Sarah Ellen Roberts.

Me dejó su bolso y acudió a un baño próximo a donde nos habíamos detenido. Al poco rato llegó con su nueva prenda. No le duró mucho el debut, pues comenzó a caer una leve llovizna.

El frío y la humedad del ambiente hizo que la gente se agrupara en torno a la cripta 118 y no hiciera mayores comentarios a una hora de la esperada resurrección de la mujer de Drácula. Salvo cuando apareció el Alcalde de la ciudad a depositar una ofrenda floral en la tumba y los pisqueños comenzaron a insultarlo y a tirarle piedras. Los guardias de seguridad -que eran muy pocos en comparación con los que protestaban por su presencia en el cementerio- se apresuraron en encender los motores de los autos de la comitiva y se alejaron del lugar.

El alboroto que se armó con el Alcalde disminuyó la expectación por el regreso de Sarah Ellen Roberts. Sólo se recuperó la calma cuando un grupo reducido, que parecían ser los organizadores de este espectáculo en que se había transformado una leyenda que mantenía aterrado a todo el pueblo, avisaron por un megáfono que faltaban cinco minutos

para la medianoche, hora supuesta para que la afamada mujer volviera a la vida.

Se dio la orden de apagar todos los focos y luminarias del cementerio y que sólo encendieran velas. La cantidad de luz necesaria para darle un toque especial al ambiente.

-No me está gustando todo esto. Mejor nos hubiésemos quedado en Chile -me susurró Pachi al oído.

- Siempre con lo mismo, a la hora de los quiubos, destiñes. No te preocupes, si queda la cagá, no seremos los únicos. Date vuelta y mira cuánta gente tenemos atrás.

Debo confesar que yo igual sentí algo extraño .cuando nos dimos cuenta que el número de lugareños había disminuido considerablemente ante el aviso por megáfono.

-No te preocupes -le dije-Aquí estás con Jonathan Herker ¿Parezco inglés, cierto? Si aparece la mujer vampiro le saco la cresta.

En realidad, eso se lo dije para que se calmara. Le hice un cariño en su largo pelo castaño e insistí en que nada ocurriría.

Cuando las alarmas de los relojes opacaron el místico sonido de unas oxidadas campanillas, supimos que era medianoche. Buen momento para encender un cigarrillo e intentar fumarlo bajo una fuerte llovizna.

Dos hombres comenzaron a cantar en rumano antiguo. Apenas podía escucharles lo que intentaban decir. Estábamos arriba de un pequeño estanque de agua. Se veía perfecto, pero no logré darme cuenta cuando apareció, entre lamultitud, una mujer de notables rasgos anglosajones y de vestimentas que sólo se pueden ver en los libros de historia. Paz saltó del estanque y corrió con su Canon donde ella se encontraba.

No busqué mayores explicaciones a su intervención en la ceremonia. Incluso pensé que era parte de un número artístico preparado por las mismas agencias de turismo, a pesar del ataque de la mujer a uno de los presentes, mordiéndole el cuello y arrojando un chorro de sangre por la boca. No me causaba mayor impacto toda esa escena, por lo

que no me preocupé cuando Paz tomó un par de fotografías bastante cerca de la supuesta mujer vampiro.

La gente se amontonó justo en frente de donde estaba ubicado. Bajé cuidadosamente del estanque. Antes de llegar al sitio en que se encontraba Paz, escuché el ruido de una escopeta. La gente corrió despavorida. Muchos rezaban y pedían perdón al cielo por su participación en este ritual pagano. La mujer había caído desplomada.

No supe bien lo que ocurrió hasta que un tipo relativamente joven, de contextura delgada, bien vestido, aunque algo anticuado, pero con la tradicional estampa inglesa, estaba parado junto al cuerpo de la mujer. Cuando comprobó que estaba muerta, dejó a un lado su fusil y se perdió en uno de los caminos que lo llevaban a la salida del cementerio. Nos habíamos quedado inmóviles en medio de la lluvia.

FANNIA CANICULARIS

Patricio Jara

*Ningún sonido concentra tanta perversidad
y malicia en un volumen muy pequeño,
como el zumbido del mosquito.*

Elspeth Huxley

Las goteras del techo mojaban el piso y los pies del hombre que entró al baño. Era medianoche. Con un cigarrillo en su boca y un periódico bajo el brazo, pudo oler la humedad del pequeño cuarto y escuchar el hipnótico sonido del agua que caía al piso. Lo desconcentró de su lectura. Subió y bajó la vista muy rápido. Sacó otro cigarrillo. No lo prendió, sólo jugaba con él en su boca.

Otro ruido acompañó a la gotera que empapaba el suelo. Un insecto planeaba irregularmente entre el techo y la pared que tenía detrás.

Comenzó a seguirlo con la vista, no podía pararse. Estaba comprometido con un lento proceso digestivo. Esperó un instante. Su cabeza dio vueltas hasta que el bicho se posó en la muralla que ahora tenía en frente, a menos de dos metros. Lentamente dobló el diario y, abriendo sus grandes ojos negros, lanzó un golpe. Fracasó. El insecto volvió a volar, azotándose en las paredes.

Nuevamente escuchó el ruido. Volaba en todas direcciones sin parar. El hombre intentó alejarlo con manotazos al aire sin lograr impactarlo. Ahora estaba en el techo, movía sus alas.

Esperó.

Pasaron varios minutos. Sintió los zumbidos otra vez. La gotera comenzaba a derramar más agua. El sudor empapó su frente y humedeció el cigarrillo que tenía en su boca. El insecto había iniciado su vuelo a pocos centímetros del techo.

Bajaba y subía rápidamente, dio vueltas por los vértices superiores del cuarto y luego de un rato, se posó en un opaco espejo, medio metro más arriba del lavamanos.

El hombre se percató de la inmovilidad de la negra criatura y lentamente se puso de pie, con los pantalones a la altura de las rodillas y descalzo se aproximó al espejo. Lanzó otro golpe errado. El insecto estaba ahora a su izquierda, en la cortina de baño.

Parado en medio del cuarto, giró suavemente su cabeza. La mosca caminaba sigilosa sobre la superficie de plástico azulino. Sus manos apretaron el diario con fuerza. La gotera comenzaba a empapar aún más el piso. Por un momento pensó en perdonarle la vida. Su mirada estaba fija, en el par de alas que tanto le fastidiaron. Con mucha cautela levantó el brazo, empuñando el diario enrollado y lanzó un golpe con todo el impulso posible. Perdió el equilibrio. Ambos se desplomaron en el húmedo piso. La gotera continuaba en lo suyo.

El hombre estaba tirado a un lado de la tina. Había azotado su cabeza contra el borde de la bañera. Su vista estaba perdida en algún punto del techo. El insecto estaba a su lado, sin dar señales de vida.

Luego de un instante, comenzó a mover sus alas. El zumbido se pudo escuchar nuevamente en el cuarto. Logró recuperar el movimiento de sus patas y caminó hasta encontrar la pared. Subió por ella y se escondió en una rejilla de ventilación.

LOS ECOS DE UNA RAZA

Millarca Valenzuela

Baltazar despertó aquella mañana mucho antes que el sol empinara por los nevados cerros cordilleranos. Tenía que llevar a los animales de su abuela a pastar por los campos de una tía vecina, y luego regresar pronto para ir a la escuela. Esa era su constante rutina, la que seguía día a día a pesar de que no le gustase.

Vivía sólo con su abuela desde que tenía cinco años, cuando su madre, debido a una angustiante enfermedad, había caído en el lecho para no volver a despertar jamás.

Esa mañana, mientras su nieto llevaba a alimentar a los animales, la abuela se percató un tanto apenada de que no quedaba nada de té para darle a Baltazar. Entonces recordó que en algunos de sus frascos podría tener algo de hierbas para reemplazarlo. Sólo halló unas pocas que preparó rápidamente para que Baltazar las tomara con un trozo de tortilla y se fuera pronto al colegio.

Aunque el día estaba frío, y la escuela quedaba lejos, Baltazar se sentía extrañamente feliz, o más bien ansioso, como a la espera de algo muy especial. Pensó que a lo mejor se debía al anuncio hecho por su profesor en las clases del día anterior, sobre la posible visita para ese día al famoso museo del pueblo, al cual Baltazar jamás había entrado, pese a su gran importancia arqueológica a nivel internacional. Esta era su oportunidad para por fin conocerlo.

Al llegar a la escuela vio que no era el único que se sentía entusiasmado. Las pequeñas caritas morenas y curtidas por el implacable clima cordillerano, ese día se veían sonrientes, llenas de un resplandor poco habitual, dado quizás por la fugaz

alegría de descubrir un tesoro antes negado para ellos.

Llegaron al museo en filas ordenadas, como antes les había indicado al profesor. El inicial tumultuoso murmullo de

los niños se vio apagado ante el asombro general que provocó la silente sala de exhibición que tan magnífica se veía. En el aire que respiraban se sentía el peso de los siglos y milenios que encerraban los objetos que los rodeaban. Eso les hacía mantener el mayor cuidado posible en sus movimientos, como para no despertar la extraña fuerza que dormía en el lugar.

Baltazar contemplaba embelesado los intactos esqueletos humanos y la extraña indumentaria que los acompañaban. Sintió por un momento conocer todo lo que veía, en realidad muchas cosas seguían siendo parecidas. En tanto, su profesor entregábalos datos más relevantes de esos arcaicos antepasados. Baltazar se detuvo un poco a pensar en eso: «¡Uf, es increíble que hace treinta mil años existieran personas como yo en este mismo valle!». Sintió en ese momento que la cabeza le daba vueltas y que el estómago se le revolvía, por lo que se apoyó en una pared cercana hasta que pasara, luego siguió caminando para alcanzar a sus compañeros.

Se encontró entonces con una gran maqueta que indicaba la región a escala. Se veía demasiado extenso el territorio y tan pequeño el punto que indicaba a su pueblo que se sintió pequeñísimo, como una mota de polvo en el extenso desierto. Nuevamente sintió un intenso mareo que lo obligó a sentarse en unas macetas aledañas. No entendía el porqué de su malestar, en la mañana se había sentido muy bien. Entre escalofríos y sudoroso intentó seguir la historia que relataba su profesor acerca de los mágicos y misteriosos seres que habitaban antiguamente esas tierras, pero pese a su esfuerzo no podía seguirla por lo mal que se sentía.

Sus compañeros comenzaron a desplazarse hacia otro sector, pero su profesor se quedó tomando notas. En un intento por seguirlos, se levantó de las macetas rápidamente para alcanzarlos, pero al hacerlo sintió que algo lo tomaba bruscamente por los hombros y luego... nada. Don Antonio, el profesor, lo alcanzó a ver desplomarse y corrió en su ayuda: estaba desmayado.

Los niños al darse cuenta se agolparon a su alrededor. El

profesor, tratando de reanimarlo lo llamaba y le daba palmaditas, pero Baltazar no respondía a ningún estímulo, estaba demasiado lejos para oírlos...

¿Dónde estoy? fue lo primero que se preguntó Baltazar al despertar y verse rodeado de una yerba muy alta y suave. Recordó que estaba en el Museo cuando había comenzado a sentirse mal, pero entonces... ¿Qué hacía en un sitio como ése?!

Se levantó cautelosamente por si le dolía todavía algo, pero se dio cuenta que sentía mejor que antes. Echó un vistazo a todo el panorama que lo rodeaba y quedó boquiabierto al ver el valle más grande y hermoso que jamás hubiera imaginado. Pero, mientras se maravillaba, recordó de repente, que el lugar que tenía ante sus ojos no podía ser la tierra de su pueblo. Sintió un nudo en el estómago al sentirse en un lugar extraño, sin embargo, en ese momento se dio cuenta de los cerros del lugar: eran volcanes, los mismos volcanes de su tierra. Aunque no idénticos, la estructura de ellos era muy similar, sobre todo por el blanco manto de nieve que los cubría. Comprendió entonces que si estaba en su tierra, y que seguramente estaba disfrutando de un sueño. «¡Sí, eso debe ser!», se alegró al pensarlo y decidió caminar un poco para ver que más podría encontrar en ese misterioso lugar.

Mientras caminaba, vio pasar por lo alto aun gran pájaro dorado que centelleaba con el sol. En ese instante deseó fervorosamente volar y sentirse tan libre como esa ave. Ilusionado cerró los ojos, respiró profundo y comenzó a correr tan rápido como pudo, agitando sus brazos cual si fueran alas. De pronto, dejó de sentir el contacto de sus pies con el suelo y abrió los ojos sorprendido. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al verse suspendido en el aire, a pocos metros del suelo: pronto, el primer temor que sintió se convirtió en un creciente gozo. «Es divertido soñar de este modo..., si todos los sueños fueran así...» Decidió dirigirse a un punto lejano que se

destacaba por su fresco verdor.

Al comienzo no sabía cómo hacer para avanzar volando y empezó a batir sus brazos. Poco fue lo que avanzó. Luego decidió hacer como que nadaba, y moviendo conjuntamente brazos y piernas avanzó un trecho más largo. Decidió seguir así, aunque riendo pensaba en lo ridículo que se vería en esa pose de «nadador del aire»; cerró los ojos para sentir mejor esa nueva sensación de volar, de la brisa en su rostro. Comenzó a sentir que algo crecía dentro de sí, una sensación de gozo y plenitud que hacía acelerar su corazón y que le embargaba hasta la punta de sus dedos. Una sonrisa amplia surcaba su cara de niño y la fuerza que tenía en sí le hacía sentir poderoso.

Abrió los ojos y vio que el paisaje pasaba rápidamente debajo suyo, ya no «nadaba», ahora volaba por su propia voluntad.

El paisaje que tenía a la vista lo deslumbraba: en contraste con el verde del valle se veía un enorme lago de profundo azul en el cual se posaban numerosas aves acuáticas. El nunca había visto algo así, su tierra era poco fértil y el pardo era lo que más abundaba. En cambio, todo lo que ahora veía a su alrededor era perfectamente hermoso.

Llegó al lugar que se había propuesto y posó sus pies en la húmeda hierba que lo cubría. Era un claro rodeado por altos e imponentes árboles, el silencio que reinaba estaba cargado de misterio, de algo que no lo hacía sentirse solo, sin embargo, al lugar que mirara nada veía. En una elevación del terreno se dio cuenta de que habían unas piedras de extraño color verdoso puestas de una manera particular, como apuntando al sol.

«Baltazar, se quién eres y de dónde provienes», escuchó desconcertando ese susurro que no había sentido en sus oídos, sino como algo que resonó en su cabeza. «Lo que escuchas no es mi voz, sino que mi pensamiento». Baltazar miró sigilosamente en todas direcciones sin ver a nadie. Las piedras seguían tal cual como antes; al verlas se le pasó un

pensamiento por la mente y algo incrédulo pensó que si esto era un sueño, lo más probable era que también las piedras hablaran.

«¡Ja-ja-ja!, es la idea más absurda que he escuchado en años, las piedras no hablan ni aquí ni en ninguna parte». Baltazar se sintió ridículo por un momento, pero después se sintió perplejo al no saber quién o qué era lo que le ‘hablaba’.

Baltazar estaba desconcertado, eran demasiadas cosas que no comprendía: Primero, el extraño desmayo en el museo; luego, al despertar, ese desconocido pero tan hermoso lugar que le resultaba familiar; después fue el vuelo. ¡Cuándo se habría imaginado que podría volar al igual que las aves y sentir esa sensación indescriptible e incomparable a cualquier otra cosa!

Pero esto ya iba más allá de su imaginación... Una voz retumbaba en su cabeza -porque nadie había alrededor suyo-, y se burlaba de él, de pensar que las piedras hablaran.

Pensó entonces que quizás se estuviese volviendo loco, pero nuevamente sintió la vocecita riéndose: «Tú no estás loco, yo realmente estoy aquí y si lo prefieres tomaré forma humana para que te sientas mejor».

En ese instante Baltazar palideció al ver ante sus ojos cómo una extraña sombra iba tomando la forma de niño, un niño como de su edad, con rasgos típicos altiplánicos, de larga cabellera negra como la noche y profundos ojos que reflejaban la pureza de su alma. Su cuerpecito, tan sólo cubierto por un taparrabo, se veía muy frágil, por lo que Baltazar creyó que se volaría tan sólo con un soplido. Vio que se le acercaba con una amplia sonrisa que irradiaba cordialidad, lo que le hizo recuperar la tranquilidad. Luego escuchó como el chico, sin mover sus labios, le saludaba y le extendíalas palmas. El se las tomó y respondió a su saludo sólo pensándolo, de inmediato sintió al chico que decía «aprendes rápido, hablar de este modo es mejor que gritar». «Si tú lo dices...», respondió sonriente Baltazar.

Se sentaron junto a las piedras que estaban en el montí-

culo, que en realidad nada tenían de especial, aparte de su hermoso color. Baltazar quería aprovechar este encuentro para salir de sus numerosas dudas acerca de aquel maravilloso lugar.

Zizza, que era el nombre del misterioso chico, le dijo que él era una especie de guardián de aquel lugar, pero que no era exactamente así como lo veía, sino que era un ente inmaterial que siempre estaba aquí o allá procurando mantener todo en orden en aquel místico lugar, que era parte de los sueños de todos. «¿También de los míos?», preguntó Baltazar, -»Por supuesto, sobretodo de las personas como tú», respondió Zizza y continuó.

«Pocas son las personas que como tú pueden entrar aquí. Algunas lo hacen, pero luego lo olvidan. Pero tú has logrado permanecer, porque eres de corazón puro, ¡incluso has volado!

Lo que ves aquí es parte de tu raza. Alguna vez tu actual mundo fue esto, lo que ves aquí, pero debido pereza y discontinuidad lo fueron olvidando y su mundo fue muriendo junto con sus corazones. ¿Ves ese hermoso lago? -dijo señalando las cristalinas aguas que reposaban en tranquilidad-, tu inmenso salar es lo que queda de él en la actualidad. Este mundo existe sólo por sus sueños y recuerdos. Si algún día se dieran cuenta de que los sueños no son sólo quimeras y que con voluntad se llevan a cabo, podrían llegar alguna vez a reconstruir su mundo. ¡Lucha porque nunca se apague el fuego de tu corazón!, manten tu alma pura para que puedas guiar a otros por el camino de Luz».

Baltazar se sintió profundamente identificado con las palabras de su amigo. «Agradezco mucho lo que me has dicho, creo que ya sé lo que debo hacer en el futuro con mi vida... Hay algo más para mi pueblo y para toda la humanidad», dijo algo emocionado al recordar sucesos pasados que le habían causado dolor. Zizza, dándose cuenta de ello, lo tomó de un hombro para expresarle su afecto y dijo: «Sé por todo lo que has tenido que pasar, pero ahora debes volver para cuidar de

tu abuela. Tu madre descansa hoy, como lo harás tú algún día, pero su recuerdo y su amor, nunca muere, siempre te acompañarán». Se incorporó de un brinco y tomó a Baltazar de un brazo, invitándolo a correr. Baltazar aceptó, era algo que le haría muy bien para descargarse de su momentánea tristeza.

Los dos chicos comenzaron a correr hacia donde el sol se ponía. Baltazar vio, ya no tan sorprendido, como su amigo Zizza cambiaba su apariencia y volaba majestuoso a su lado como un ave dorada. Recordó que él también podía hacerlo y dando un brinco comenzó a volar.

Mientras volaba feliz por los cielos escuchó la voz de Zizza que le decía: «Adiós amigo, siempre permanecerás en el recuerdo de este mundo, tu mundo». Después sintió que algo lo envolvía, una espesa nube adormecedora que lo hacía girar muy rápido, luego perdió el conocimiento.

Despertó desorientado en una sala de hospital. A su lado estaba la abuela sonriéndole y apretándolo con fuerza una mano.

«Hijito, cómo te sientes. Has estado dormido durante casi doce horas», dijo la abuela con su temblorosa, pero dulce voz. «Qué ocurrió... después del museo... y Zizza...», dijo balbuceante Baltazar, no sabiendo si todo aquello había sido un sueño o algo real.

«Todo fue mi culpa -dijo la abuela-, equivoqué las hierbas que te di en el desayuno y en vez de éstas tomaste unas que usualmente doy a los animales cuando enferman».

«Sí, fue una intoxicación lo que provocó tu desmayo -explicó la enfermedad que entraba a la salita-, pero ya estás fuera de peligro y mañana podrás regresar a casa».

Lo dejaron solo para que descansara y se repusiera totalmente. Baltazar estaba muy pensativo. En ese período de inconciencia había llegado a una tierra maravillosa... o quizás tan sólo había sido un simple sueño motivado por la visita al museo. Estaba confundido. «Otra vez con lo mismo; todo es real, yo soy real y mi mundo también lo es... Nunca olvides

esto Baltazar, porque si somos reales es porque siempre hay personas que nos mantienen en su recuerdo. ¡Hasta siempre amigo!». Esa era la voz inconfundible de Zizza, todo había sido real. Baltazar se apresuró a pensar «hasta siempre Zizza, te lo agradezco mucho».

A la mañana siguiente, al salir de la posta, vio a su pueblo con otros ojos; lo veía más grande, más nuevo, más feliz. Aspiró el aire fresco a cordillera y desierto como si fuese la primera vez. Se sentía más feliz que nunca, ése era el primer día del resto de su vida y ya sabía lo que quería lograr: Un pueblo nuevo, una mentalidad nueva que les devolviera su orgullo y los hiciera crecer más como personas de verdad. Y el conseguiría.

Se fue caminando lento y sonriente por la calle polvorienta y pedregosa. Siendo él mismo, creyó que algo en su interior había cambiado, algo que lo hacía muy especial al resto de los demás. Era un profeta. Un vidente que había escuchado en su corazón los ecos de su raza.

CABALGANDO DURO

Pepe Ossandón

UNO

«Cabalgando Duro» era el título de la revista que Carlos Román tenía en sus manos. La contemplaba largo rato y a su vez la cuestionaba, aunque no negaba excitarse con aquellas mujeres desnudas mostrando sus grandes senos al viento; sus cabellos negros y rubios enredados en los hilos blancos del cobertor; sus grandes y gelatinosos glúteos danzando en los ojos de los fotógrafos; sus vaginas sabrosas y lubricadas; sus vientres delgados, y por último, sus zonas eróticas casi rapadas.

-Pero esos penes erectos y fuertes, ¿de quiénes son? ¿por qué sólo aparecen sus aparatos sexuales y no sus cuerpos enteros? - se preguntaba, mientras hojeaba el ejemplar. Al parecer, algo buscaba. Algo muy importante.

Mientras lo hacía, observaba cómo esas malditas golpeaban sus labios vaginales con el misterioso halo de carne ¿o de plástico? Lo más maravilloso para Carlos era, cómo (entre ellas) pasaban sus rosadas lenguas por esos montes carnosos y llenos de delicia. Sus ojos delataban su deseo de satisfacer sus necesidades sexuales con aquellas fierecillas insaciables.

-Mujeres, mujeres, mujeres... sólo mujeres. ¿Y esos penes? Quiénes son ellos -repetía miles de veces. A su vez revisaba la revista.

-¡Lo encontré, sabía que esto existía! -expresó histéricamente- Aquí está lo que buscaba. La dirección donde realizan los actos eróticos, pornográficos de este misterioso artículo: calle Cerro fantástico número 360, departamento 12.

En la última página de «Cabalgando Duro», una hermosa mujer con cara de puta, ofrecía su culo desnudo. En uno de sus glúteos, el derecho para ser más preciso, estaba escrita la dirección de la revista. Tomó un lápiz y una hoja, anotó la casilla y la guardó en su bolsillo. Al rato se encontraba esperando un taxi. Estaba bastante nervioso y ansioso, quería descubrir lo antes

posible el caso de los penes solitarios.

-¡Taxi!, lléveme a esta dirección- dijo mientras le entregaba el arrugado papel al conductor.

El viaje se hacía sumamente largo. Era como si el reloj se hubiera detenido. Román, nervioso, empezó a rasguñar una costra que tenía en su cara. De repente, le comenzó a sangrar, había roto parte de sus tejidos.

-¡Costra de mierda!- dijo furiosamente, mientras trataba de estancar o de coagular aquel líquido rojo, que sin querer, le hizo recordar a las enfurecidas lenguas, azotando los labios pecaminosos de aquellas hembras.

-Calle Cerrofantástico a su orden, señor- le informó amablemente el conductor.

-Gracias buen hombre, ¿cuánto es?

-Sólo 500 pesos.

No supo cuánto dinero le pasó, pues contemplaba concentradamente el vetusto y mal cuidado edificio en donde aquellas féminas deberían estar disfrutando su desnudez. Subió las escaleras e imaginó a aquellas hermosas y sensuales bocas, succionando esos penes sin cuerpo.

-Si me pidieran fotografiar desnudo, fornicando con esas malditas, no me daría vergüenza mostrar mi cara, total no soy tan horrible- pensaba mientras sus pies tocaban el duodécimo peldaño.

Los pasos de Carlos eran lentos y sigilosos; sus ojos revisaban todos los números impresos en la parte de arriba de las puertas.

-290, 295, 300, 330...- enumeraba, jadeando apresuradamente.

Esas mujeres bellas, sudadas y excitadas lo llevaron a una demente obsesión. Las quería conocer. Deseaba contemplar la desnudez de sus cuerpos, sentir sus perfumes, el aliento de sus labios. Además conocer a los amos del sexo; dueños de esos penes misteriosos, sin cuerpo, sin rostros. Aquellos órganos masculinos eran una verdadera incógnita para él.

-¿Por qué no fotografian a esos presuntos hombres? -se repetía- ¿serán maricas?

Su destino estaba cerca. De repente, sintió música, aquellas baladas que acostumbran tocar en las películas pornográficas.

Llevó su mano derecha al bolsillo de su desteñido pantalón de mezclilla y comenzó disimuladamente a frotar su miembro.

-¡360!, he lie...gado -expresó nerviosamente-, por fin podré conocer el misterio de esos penes sin rostro, y aquellas malditas y sabrosas mujeres de mis sueños eróticos.

Sacó su mano del bolsillo. Luego se la llevó á su cabeza y peinó su negro cabello. Recogió unas colillas de cigarro que estaban botadas a unos centímetros de la puerta, eligió el menos sucio y lo acomodó en sus labios. Pero le faltaban fósforos, entonces se dio cuenta -sin querer- que ya había preparado el primer paso de su plan. Golpearía la puerta y pediría algo para prender su gastado y asqueroso cigarrillo.

Ya había tocado la puerta, sólo debía esperar que alguna de esas mujeres le abriera. Debió esperar unos minutos, al parecer, la música impedía que ellas escucharan el llamado. Por mientras, posó su oreja izquierda en el umbral de la entrada. Oía una extraña mezcla de sonidos: la graciosa tonada y unos gemidos de dolor y, a su vez, de satisfacción. De pronto las hojas de la puerta se abrieron y el hombre cayó al suelo.

Con su cuerpo tendido en el piso, alzó su caray contempló a una hermosa mujer. Era alta, de cabello largo y rubio. Estaba prácticamente desnuda, sólo un pequeño calzón negro cubría su vagina. Pero sus senos, grandes y armoniosos, le ofrecían un espectáculo excitante.

-¿Qué se te ofrece mozuelo?- dijo la mujer con voz sensual y autoritaria.

-Bueno, vas a hablar o te estrello la puerta en tu cara- insistió.

El sólo la miraba. Parte de sus sueños se habían concretado.

Ahora debía intentar ingresar al departamento; conocer a todas las mujeres integrantes de «Cabalgando Duro» y resolver el misterio de esos penes incógnitos, sin rostro ni cuerpo.

-Deja de observarme de esa manera, o nunca has visto a una dama con sus senos desnudos- expresó con ademanes histéricos y sensuales.

-Eeehh...mee...pue...des facilitar un fósforo-balbuceó, aunque no quitaba su vista de los rosados pezones de la mujer.

-¿Quieres prender algo?

-Sí, este cigarrillo- dijo, mostrando el objeto casi destruido.

-Está bien. Pasa, siéntate ahí y espera un poco...iré a buscar una cajita de fósforo. ¡Pero no te muevas de allí! -dijo la mujer.

Carlos estaba dentro del departamento. Era una pequeña sala, donde un par de sillas y una mesita de centro le daban al lugar un extraño ambiente afrodisiaco. Debió sentarse en una de las sillas y esperar que llegara la mujer con los fósforos. Súbitamente, escuchó tras los muros de la habitación donde se encontraba, quejidos de placer.

-Deben ser ellas -dijo-, mis muñecas de «Cabalgando Duro». Me las imagino ahí, con esos miembros ubicados en sus bocas y entrepiernas. Que ganas de tocar sus espaldas desnudas y besar sus vientres...

-¿Qué dices?- preguntó la mujer un poco enfadada, mientras ingresaba nuevamente al lugar.

-No...nada, conversaba solo.

-Mmmm... no te creo, pero toma aquí están los fósforos. Ahora vete.

-Espera, quiero saber algo.

-¿Qué cosa?

-Esos gemidos... son de las mu...jeres de «Cabal...

-«Cabalgando Duro»- interrumpió la hembra.

-Mmmmhh, qué bien, qué bien- Tomó la colilla de cigarro y se lo llevó a su boca. Cogió la caja de fósforos, sacó un palito y lo deslizó por el raspador. Una pequeña llamita iluminó el rostro sombreado de Carlos y en unos segundos, prendió su cigarrillo gastado.

-¿Cómo sabes que en este lugar nos encontramos nosotras- dijo furiosamente la mujer- no será que eres uno de esos odiosos policías.

-¡No! -respondió Carlos. Luego lanzó una bocanada de humo- Soy un admirador de sus cuerpos. Un lector empedernido de sus revistas.

i

Se puso muy nervioso, pues parte de su presencia era para investigar el por qué de los penes fotografiados sin mostrar sus demás cuerpos.

-Sabes, llegas en el momento preciso. Necesitamos un hombre- le manifestó con ademanes de coquetería barata.

El no contestó, y con la boca abierta clavó sus ojos en el rostro de la mujer. Fue sorprendente ver cómo sus salivas viajaban grotescamente por su barbilla. No lo podía creer, quizás sus sueños se convertirían en realidad. Compartir su cuerpo, su pene con las lindas y excitantes chicas de Cabalgando Duro.

- Bueno, te atrae mi preposición- dijo la chica.

-Eeehh, claro que no...es decir, sí. Por supuesto que sí.

¿Qué debo hacer?

-Espera, imbécil, tranquilízate ni siquiera sabes de qué se trata- La mujer tomó una camisa blanca de uno de los colgadores de la sala y se la colocó. Debía tapar sus senos. Le molestaba la desquiciada y minuciosa observación de Carlos sobre su delicado y femenino cuerpo.

-Ven, sígueme te presentaré a las demás chicas. ¡Pero deja de mirarme de ese modo! a ellas no les gustará que trabaje con nosotros un demente sexual- amenazó la mujer.

-¿Cuál es tu nombre?

-Carlos

-Y... el tuyo- preguntó mientras aguantaba el dolor que tenía en sus dedos, pues se había quemado con el cigarro.

-Dorothy.

La mujer llevó a Carlos Román a otra habitación, aún más extraña. Los muros y el piso estaban totalmente alfombrados. En el centro de la pieza, había una gran cama de agua. A su lado, colgado en uno de los extremos de la marquesa de estilo medieval, había un largo y negro látigo. Dorothy se dirigió al armario que estaba ubicado en una esquina del lugar. Sacó una bata roja de seda, y se la entregó al visitante.

-Toma, quítate toda la ropa y ponte esta bata -dijo Dorothy-, iré a buscar a las niñas para presentártelas.

-Bien, pero, ¿cuál será mi labor en «Cabalgando Duro»?- preguntó.

-No seas impaciente, desvístete y luego te informaré.

En cuanto la mujer se fue, Román comenzó rápidamente a sacarse la ropa. En unos minutos, quedó totalmente desnudo. Se

tendió en la cama e imaginó fornicar con las hermosas y sensuales hembras de la revista. Su vestimenta quedaron repartidas por todo el lugar.

Había pasado más o menos una hora desde que ella fue en busca de las mujeres. Carlos estaba acostado en la cama. Sus ojos estaban cerrados. Roncaba como un demonio. Su cuerpo aún permanecía desnudo; preparado para mostrarles a sus dioses sexuales, todas sus armas masculinas: piernas fuertes, vientre duro, pecho belludo y una «gran sorpresa». De súbito, la dorada perilla de la puerta fue rodada pausadamente. La elegante madera que cubría la entrada de la pieza se abrió, y enseguida una hermosa chica asomó su cabellera oscura.

-¡Ahí está!... Niñas, Dorothy no mentía, ¡ahí está!- dijo la mujer, mientras contemplaba al hombre acostado en la cama de agua.

-Déjame ver, es mi turno- expresó otra de las chicas, asomando a su vez su frondoso cabello claro.

En unos segundos, más de cinco mujeres semidesnudas ingresaron a la pieza.

-Silencio mis querubines. No vayan a despertar a nuestra presa- Susurró Dorothy, quien ingresaba ala habitación para organizar el desorden de las excitantes, pero bulliciosas mujeres.

Sus cuerpos estaban apenas cubiertos por un blanco y transparente traje de noche. Tras de ellos, podía observarse sus diminutos calzoncitosy sus grandes senos erguidos. Eran ocho hermosas mujeres con los rostros provocativos y hambrientos.

Poco a poco, las hembras comenzaron ha acercarse a Carlos. Dorothy las detuvo suavemente, sugiriéndoles que esperaran unos minutos. Pero las chicas estaban impacientes, al parecer, él les había despertado sus apetitos sexuales.

-¡Está bien, bestias del deseo! -dijo Dorothy-, pero hagamos un trato. Yo lo despertaré, quiero darle personalmente la sorpresa.

La mujer se colocó en posición felina y comenzó a gatear. Era verdaderamente excitante contemplar ese ritual. Una épica exótica envolvía los movimientos de su cuerpo: sus caderas finas y carnosas danzaban hacia un abismo de pecados sexuales; sus glúteos se balanceaban en una base de tejidos húmedos y rojizos; y su espléndido cabello rubio, jugaba con el viento tibio y sereno que escupía una de las ventanas del cuarto.

Su rostro era pálido como la porcelana que cubre un fino jarrón oriental, mostraba toda la intensidad de una mujer extasiada de lujuria y deseo. Al llegar al desnudo cuerpo del hombre, llevó las manos a sus viriles y belludas entrepiernas y comenzó a acariciarlas suavemente.

-Miren chicas, no es... hermoso -expresó con la voz entrecortada. Luego llevó uno de sus dedos a su delicada boca, y la humedeció con saliva. De inmediato, frotó su dedo mojado en los labios de él.

Román, medio adormecido, abrió sus ojos. Dos preciosos círculos verdes vigilaban su lento despertar. Invasión súbitamente por el susto, tomó el grueso cobertor de la cama y ocultó la parte de abajo de su cuerpo.

-¿Dónde estoy?... ¿Quiénes son ustedes? -preguntó desesperadamente.

-Soy Dorothy. ¿No recuerdas? ¡Cabalgan...

-¡«Cabalgando Duro»!... Sí ahora recuerdo... y esas deben ser las chicas que me prometiste. ¡Claro que son ellas!... Martita, Sonia, Paloma, Clarita...

-Sí, sí, pero calla- asistió una de ellas.

-¡Estoy contratado!... ¡yupi!... ¿o no?- preguntó mientras entusiasmado miraba las anchas y desnudas caderas de las mujeres.

-¡Claro que sí pues mozuelo! -contestó Dorothy-, ¡Paloma! ¡trae la champaña, vamos a celebrar! Desde hoy contamos con un nuevo integrante para la revista.

Todas comenzaron a reír.

DOS

Durante tres horas, en la habitación sólo hubo música y cánticos populares -Juan Luis Guerra y un poco de Soda Stereo-. Carlos estaba tendido en el alfombrado piso del cuarto con tres mujeres a su lado. Cada uno sostenía en sus manos una fría y fina botella de champaña. Era una verdadera orgía. Las mujeres estaban totalmente desnudas, acariciándose entre sí. Dorothy daba fuertes carcajadas. Bebían mucho licor. A cada rato una de

las chicas iba en busca de más. Al parecer, su propósito era dejar a Román en total ebriedad. De repente, Dorothy tomó el látigo que estaba colgado en una de las columnas que sostenía la cama.

-¿Quieres golpearme?- le preguntó la mujer con su lengua un poco atascada.

-¡Vamos, azótame!... eres sordo estúpido- insistió, mientras mojaba el látigo con licor, dejándola furiosamente brillante.

Carlos tomó el látigo. Al observar la delicada espalda, que ella le ofrecía para que golpeará, le entró una gran morbosidad; un instinto asesino. Pero dentro de su borrachera, se dio cuenta del macabro delito que realizaría. De repente, se le ocurrió una brillante idea para poder efectuar el segundo objetivo de su visita a los estudios de Cabalgando Duro: resolver el caso de los penes sin cuerpo.

-Te azotaré, pero dime... por qué solamente muestran los penes y no los cuerpos enteros de los hombres fotografiados.

-Eres curioso, bello maniático sexual -respondió ella-, pero primero maltrátame y luego te lo explicaré.

El observó los rostros malignos de las mujeres que integraban el pornográfico artículo. Esperaban ansiosamente el estrellamiento del látigo en la espalda y culo de Dorothy. Querían ver sangre, sufrimiento, excitación.

-Ya pues Carlos qué esperas... azótame.

Una de las chicas apagó la música. Otra comenzó a vomitar. El sonido de las botellas disminuyeron. Las risas se acabaron y el silencio apesó el ambiente. Sólo el horrible y autoritario grito de Dorothy lo destruyó.

-¡¿Qué esperas, imbécil?! no te dije que luego de los golpes, te revelaría nuestro secreto.

El lugar era agobiante. Espeso. Los alaridos de Dorothy y las demoníacas expresiones en los rostros del resto de las mujeres, provocaron en él un miedo inevitable.

Pausadamente las chicas comenzaron a acercársele. Parecían un grupo de musas satánicas que escapaban de sus jaula, en busca de comida. Carlos, dentro de su borrachera, percató el peligro.

-¡Ataquen vaqueras!- expresó Dorothy eufóricamente-

¡dómenlo y cabalguen duro!, ¡cuiden nuestro tesoro!... el manjar de mis dioses.

Las mujeres lo atacaron. Sus hermosos cuerpos se convirtieron en bestias. Carlos soltó el látigo y corrió hacia una puerta. Estaba atascada. Volvió a intentarlo. Estrelló sus hombros contra ella y la abrió. La cerró rápidamente, antes que ellas entraran a matarlo.

-¿Qué le habrá pasado a estas malditas histéricas? -se dijo- ¿dónde me encontraré ahora?

Mientras entre gritos y puños, las mujeres trataban de abrir la puerta, el comenzó a registrar la habitación.

Se hallaba en el cuarto de baño. Los muros estaban embaldosados. Una hermosa cortina de seda cubría la ducha del sitio. Arriba del lavamanos, había una cubierta donde guardaban cepillos de dientes y de pelo; frascos con cremas y recipientes con perfumes caros y baratos. Atrás de él, había un pequeño estante.

Abrió sus puertas e investigó qué objetos guardaban en él: un centenar de frascos de vidrios.

-En este estado de ebriedad me es imposible ver bien- tenía razón. Era común en él, que su vista se atrofiara con el licor.

Cogió uno de los recipientes, abrió su tapa y echó un vistazo. El olor a alcohol yodado, golpeó fuertemente su olfato. Se llevó las manos a sus ojos, las refregó unos segundos y contempló nuevamente el ingrediente del extraño frasco.

-¿Qué es eso?... ¿qué es esa cosa tan nauseabunda?- dijo invadido por el miedo y el horror.

-Parece carne, pero...

De pronto, la puerta se abrió e ingresaron las mujeres. Una de ellas tomó una botella de champaña y golpeó fuertemente la cabeza de Román.

El hedor lo despertó. Al parecer llevaba más de cinco horas encerrado en un peculiar cuarto oscuro. Sólo una tenue luz, que emergía de una ventanita ubicada en el techo, iluminaba parte del lugar.

-Hay olor a carne muerta- dijo mientras volvía de su letargo-. No aguanto más... ¡voy a vomitar!

Y así fue. De su boca, desprendió un grueso líquido

amarillento. El lugar estaba invadido por una hedionda pestilencia. Con sus manos, envolvió el rostro para evitar que el olor entrara por su nariz.

Carlos trató de ponerse de pie. Le dolía mucho la cabeza. Apenas logró posar sus rodillas en el suelo. De repente, chocó con un extraño objeto. La oscuridad impedía contemplar cabalmente con quién se había estrellado. Comenzó a tiritar.

En unos instantes, con mucho ahínco, logró ponerse de pie. Sus manos empezaron a buscar frenéticamente el interruptor de la luz. En unos minutos... ¡chic!... la halló.

Carlos habría deseado no haber apretado nunca ese maldito interruptor.

-¿Qué es eso?- gritó desesperado. Horrorizado-, ¿Qué hacen esos hombres aquí?

Más de quince individuos estaban con sus extremidades cortadas. Sus tejidos estaban carcomidos; parte de sus cuerpos se encontraban en estado de putrefacción. Los ojos de aquellas víctimas, estaban fijos en el abismo de la muerte. Pero lo peor, y que además lo ayudó a resolver el caso de los penes sin cuerpos, fue observar a todos esos hombres, muertos y pútridos, sin sus respectivos aparatos sexuales. Sus penes habían sido cercenados.

La reacción de Román fue obvia. Comenzó a correr por todos lados, y a su vez, desprendió horribles gritos de desesperación. De repente, por uno de los costados del aposento, emanó un espeso humo blanco. Dentro de un rato, se encontraba sumergido en un intenso sueño.

Pasaron varias horas. Carlos estaba postrado en una de las esquinas del cuarto. Esta vez estaba totalmente atado. Súbitamente, la puerta del lugar se abrió. Era Dorothy. En una de sus manos, sostenía una enorme tijera de acero con afilados y gruesos dientes de metal.

La mujer, hermosa y provocativa, estaba desnuda. Su rostro era demente. Salvaje. Asesino.

El rostro ensangrentado de Carlos palideció.

Dorothy desprendió una súbita carcajada. Denotaba maldad. Enseguida, deslizó su rosada lengua por sus labios y le mostró la descomunal y diabólica tijera.

-Es tu turno, mozuelo. Ha llegado el fotógrafo- dijo Dorothy, mientras golpeaba los filosos y plateados extremos de la tijera, emitiendo un metálico silbido mortal.

UN ALMUERZO CON CARRASPERA

Pepe Ossandón

Angel terminaba de ducharse cuando su madre lo llamó a almorzar. Se secó ligeramente con la toalla de su hermana, y se dirigió casi desnudo a su habitación. Una vez ya vestido, mientras los gritos histéricos de su madre estallaban por toda la casa, tomó su cepillo de pelo y lo deslizó por su larga cabellera oscura. Luego se dirigió al cuarto de baño y colgó la toalla mojada.

-¡Ya voy, mamá! No grites. En unos segundos estaré en la mesa -clamaba, tratando de sosegar los alaridos de su madre, y de su padre que también se unió al baile de histerismo.

En unos cuantos minutos, Angel se encontraba sentado en la rústica mesa de diario de la familia Rossi, integrada por sus padres y sus tres hermanas menores: Beatriz, Carolina y Patty, esta última de sólo ocho meses. Mientras mascullaban el guiso, su madre reclamaba la falta de respeto por parte de su hijo mayor: ¡Tú, deberías dar el ejemplo a tus tres hermanas chicas!... Esa comida debe estar fría.

Los ojos de Leandro, su padre, estaban enfadadamente pegados a los de su hijo primogénito, que se sentaba a su lado izquierdo. Le cargaba que Carmen, su esposa, pasara rabia por leseras, más si era a la maldita hora del almuerzo.

El silencio en ese momento era molesto para Angel. El sonido de las mandíbulas, triturando la carne eran parecidas al incesante martilleo de un artista esculpiendo el yeso. De repente, Patty -que estaba sentada en una silla de guagua- dejó caer la cuchara al piso. Todos observaron el lento viaje del utensilio a la base de baldosa. El resto de comida que iba en ella se esparció por todos lados, ensuciando un poco el pantalón de Angel. El, con su rostro totalmente deformado por

la ira, bajó poco a poco su mano y limpió su pantalón. La víctima del pequeño acto vandálico creado por el bebe, observó las caras de los integrantes de su familia. Esperó que por parte de ellos hubiera aunque sea una mínima reacción de enfado contra su hermana. Pero fue todo lo contrario: Comenzaron a reír con desenfreno.

El silencio nuevamente visitó a la familia.

Carmen sirvió el postre: plátano con leche condensada. A Angel le encantaba esa fruta, pero hubiera preferido de postre un cuchillo para partir a su hermanita en pedazos.

Mientras comían el plátano, Leandro comenzó a toser. Lo hacía débilmente, pero seguido: «Tengo carraspera. Es extraño, hace unos momentos no me sentía así» -manifestó, masajeándose suavemente el cuello. En seguida, la madre de Angel comenzó a hacer lo mismo.

-Quizás sea ese desodorante ambiental que trajo tu tía Ana, de Texas. ¡Es tan fuerte su olor! Ve Angel a cerrar la ventana del baño, prefiero el hedor a caca, que el de esa cosa... Estoy segura que es eso lo que nos está causando la carraspera.

Carmen daba la espalda al cuarto de baño. Ella siempre se pregunta cómo mierda al arquitecto se le ocurrió construir, una ventana en el baño que diera al comedor. Todos los días debían soportar la pestinencia de las descargas fecales de Angel.

El hijo mayor de la familia Rossi se dirigió gruñendo al baño. Cerró la ventana y volvió a terminar su postre. Pero la molesta carraspera siguió haciendo de las suyas. El bebé comenzó a llorar. En seguida vomitó un líquido blanquizco, al parecer era el postre. Luego empezó a toser, a tal punto, de dificultar su respiración. Carmen le dio pequeños golpecitos en la regordeta cara de su hija, tratando de hacerla volver. Beatriz palideció y Leandro se levantó rápidamente de la silla y fue en búsqueda de un jarrón con agua.

-Para mí que tu postre, Carmen, estaba envenenado o el plátano estaba rancio» -reprochó Leandro a su mujer, inten-

tando de tomar el asunto a la chacota.

Al llegar el jefe de familia al comedor, había un gran concierto de tos y reclamos-. Angel no entendía bien lo que pasaba, pero luego lo supo y en carne propia. Comenzó a toser fuertemente. Algo espeso andaba en el ambiente hogareño de los Rossi. Y esta vez no era la nauseabunda pestilencia que provocaba los encuentros entre Angel y la fría taza del baño.

Un elemento tóxico merodeaba en el comedor. Sus gargantas estaban totalmente deterioradas por la incesable tos. Patty no paraba de lloriquear. El rostro infantil de la pequeña niña, brillaba por las lágrimas que lo cubrían. Carolina, que era la más tranquila dentro del alboroto, hizo callar a su familia y exigió una pronta solución. Todos clavaron sus ojos en el rostro enfadado de Carolina, al mismo tiempo frotaban sus cuellos cuidadosamente. Leandro bebió un largo sorbo de agua, se levantó y salió al patio. Carmen al darse cuenta que su marido se retiraba sin antes terminar el postre, le pidió con violencia que retornara al trono familiar. No lo hizo, pues asomó su cabellera negra y dio una sonrisa sarcástica y cerró la puerta. Durante esos varios minutos, en que la madre y el padre de Angel discutían, Patty se encontraba danzando en el hilo de la muerte. Los ojos de la pequeña estaban desorbitados y su piel era tan amarilla como la de un vil vietnamita. Carmen quiso levantarla, pero no pudo; las fuerzas musculares de ella estaban debilitadas, al igual que los de Angel y sus hermanas. Se quedaron estáticos en sus respectivas sillas. Angel sentía mucho sueño. Los ojos de la familia Rossi apenas se podían mantener abiertos.

Sentían sus gargantas adormecidas tanto toser. Carmen lanzó un grito desesperado. Mientras tanto la mujer chillaba, Angel volvió a sentir ese pestilente hedor. Esta vez era más hediondo aún. Cada vez que aspiraba forzosamente ese olor, imaginaba algo asqueroso, tan asqueroso como sorprender a su hermana menor, enterrando los pequeños dientes en los excrementos de You, el perro de la casa.

Leandro escuchó los alaridos de su esposa. Abrió la puerta y preguntó qué había ocurrido. La mujer no le respondió, sólo le señalaba con su dedo índice que su garganta no daba más.

-Deberás revisar bien las comidas antes de servir las. ¡Mira cómo tienes a tus hijos! -reclamaba Leandro, convencido que la carraspera era debido al postre. Pero lo que él no sabía es que mientras estuvo en el patio, los demás sentían ese hedor insoportable que los tenía totalmente mareados: «¡huevadas!» -expresó el hombre-.

. En seguida, el jefe de hogar de los Rossi, cogió una cajetilla de cigarros del bolsillo de su camisa y se dirigió nuevamente al patio, y antes de abrir la puerta, sacó uno y lo puso en su boca. Miró las caras angustiadas de su mujer y de sus hijos, y de inmediato deslizó el fósforo por el raspador.

Cuando Angel vio que su padre pasaba el palito de fósforo por el negro y delgado camino encendedor de la caja, recordó de dónde provenía el olor y la causa de la carraspera. Pero cuando se dio cuenta, en fracción de segundos, la casa voló en mil pedazos. La guadaña de la muerte, convertida en gas, se había fugado del calefont del baño, y su cómplice había sido Angel: había olvidado cerrar la llave de paso del calentador.

POESIA

Marta Parra
Andreas
Ceraato
Claudia Urrutia
Alvaro
Sasha
Ricardo Silva
Eskupe
GIA
Boris Leyton
Eduardo Farias
Pedro Herrera
Tirilla
Claudio Luna
Adal

EL HOMBRE DEL RETABLO

MARTA PARRA

¡Hey tú!

Sí, a ti, hombre del retablo pedazo de yeso hueco
bendito ángel clavado.

Ven, baja del madero

y pisa como hombre

aquí donde yo he pisado

esta tierra que duele hambre y está cansada
de verte apaciblemente crucificado.

Mírame, ¿me ves?

Estoy llorando:

«El cielo está inundado, pero la tierra llena de
barro»

Oh, Gran Juez del pecador te imploro con rodillas
al suelo ¡devolved lo que te has llevado!

Maldito seas,

o es que acaso tú nunca te has enamorado.

HIPOCRESIA

Ineludible noche de negro pánico

¿Qué raza hiciste azabache,

de pétalos filosos,

caídos hasta la oscuridad

profundísima e irrealmente verídica de mi pasión?
... Pudiste ser náufrago
de besos siempre exigüos en mi piel
y hoy corres, corres caminos
entre mis huesos
busca bajo grutas, entre dientes
mi ánima de niña inmaculada
pero sólo hallas en mi alma, adolorida,
tu fugitiva sombra, calcárea en mi mente,
averno en mi pecho;
los sentimientos perdidos, desiertos
como el vacío en los ojos
de los bueyes recién muertos.

ANECDOTAS

ANDREAS

Llegó Pedrito cantando a la casa absurdamente contento y feliz; nosotros asombrados; miramos su risa asomada en la antesala de la alegría, y como un gato preguntamos: Pedrito, ¿qué te pasa? El levantó los ojos sorprendido y contestó diciendo: «Descubrí que Da Vinci no era un loco que Hitler amaba a los judíos y que yo no soy Pedrito...»

SEGUN QUIEN LO MIRE

Para mí el pobre es aquel que en el sufrir de no tener nada; aún así vive.
Para mi amigo el miserable es la continuación exacta de la envidia de sus enemigos...
Según se le mire, según se le ve para muchos el marxismo es el caos, para muchos otros es el cielo según se le mire no hay significados tan contradictorios de infierno y paraíso,
no importa si el pueblo muere de hambre no importa cuánto dinero se gaste;

el político es un sucio mañoso
que juega con el destino y juega con
la esperanza de algo nuevo
según se le mire, para mi amigo la
política es todo su universo,
siempre dice que hay que apresar a los
marxistas para matarles o enviarles
lejos
según se le mire según se le ve
para mí él es mi amigo para mis
amigos es al revés
no siempre se tiene la misma
óptica para definir lo que
realmente parece ser.

OLFATEA

CERASTO

A TI Y A TU INSORPORTABLE MUNDO DE LAS
PURAS COSAS BELLAS

Se te cayó
el cielo al espinazo,
se te cayó
y no te diste cuenta.
Encima te cayó un hueso
hambriento y su madre
hambrienta.
Encima te cayeron dos
guerras mundiales...
Hiroshima y Nagasaky,
pedazos de muertos encima
te cayeron y no te diste
cuenta.

¿¡Ay!? poeta extraviada
mujer, pequeña mujer
asexualada.
De ojos pequeños vulgares,
porque así lo has querido
maquinita imperfecta.
«Que las rosas son rojas
que hermosas las rosas»
Si te vieras al espejo, verías
el ritm

la rima y todo ese cuento de
la palabra vacía, de ruidos
convexos

Ay, poeta, la muerte te guía,
te olfatea el hombro, te
acaricia a tu derecha.
Y la dulzura atrás de las
cicatrices, el amor debajo
de la escalera.

REBECA

El hombre se encontró,
desierto,
en medio de esta máquina
que construye Mercedes
Benz y Rebeca que todo lo
toma hermoso, encontró
desnudo al hombre, tapado
de Fiorucci. Nosotros nos
miramos y seguimos
recogiendo los cartones...
- Constantinopla durará
aún algunos años, antes
que los moros la destruyan.
Rebeca que todo lo torna
hermoso, y que no usa
crema

C' de Ponds, acaricia a los
cesantes en sus bancos de
cesantes, porque todavía, no
es el tiempo
que todos coman bien.
Aunque Rodrigo de Triana
haya gritado: ¡Oro a la vista!
y aunque el divino A-gusto,
el prepotente, le preocupe la
miseria.
A pesar de todo esto, el
hombre se sintió
atrapado en el néctar de
su pantalla, el hombre se
sintió vacío en su
universo de estrellas de
neón,
y Rebeca que todo lo
torna hermoso, siga
cobrando s extercios por
su cuerpo en las
esquinas, porque aún no
es tiempo que los
hombres sean santos,
nosotros nos miramos y
seguimos recogiendo los
cartones...
- Constantinopla durará aún
algunos años embriagando a
los idiotas.

EL CRIMEN PERFECTO

CLAUDIA URRUTIA

Dos hombres sentados están bajo el
alero de una cabaña vieja.
Y preparan ambos el crimen perfecto que en
noche buena llevarán a efecto.

Sin temor y a plena luz del día, empapados de
sudor por el fuerte calor, escondiéndose tras
los árboles, observando minuciosamente.

Y lo ven a él cantando libre al viento como
riendo por vivir tanto tiempo.

Sin hacer ruido alguno y muy
lentamente ellos se abalanzan
sobre él y le sacan la cresta
de un sólo hachazo le rompen el cuello y el
pobre gallo ya está muerto.

Suspiros de alivio salen de sus bocas al
robusto gallo lo han preparado en sopa.

MUJER DE TACONES ALTOS

CLAUDIA URRUTIA

¡Ay!, muñeca de miles curvas,
de labios rojos carnosos y trasero hermoso
eres como una vampira que duerme de día
y busca en las noches
la pasión que te excita
junto a otro gil atorrante
que te lleva a su lecho
de ratas pulgosas,
marcado por oscuros hechos
de noches frías y cuerpos calurosos.

Cómo puedes vivir, organismo sin sexo
convirtiéndote en rosa con órgano alargado,
con hormonas subdesarrolladas, con
novios y novias empelotados que al igual
que tú se envuelven en mantas morales, en
pieles manchadas y maltratadas por las
manos de algún dios, que no debe haber
sido el bueno, el que creó a Adán y Eva y
no al medio medio.

Tú que paseas tu cuerpo ligero por la plaza
oscura relleno de hormonas femeninas y
envuelto en trapos,

para darte forma de lola quinceañera con
tacones altos y piernas bellas, pidiendo besos a
alguien de tu mismo sexo, ofreciendo noches
de pasión y amor a solitarios que buscaron
mujer hembra y encontraron mujer macho.

¡Ay palomo! como te pierdes en
medio de jazmines, en esa
nueva raza creada por el
hombre, quizás en que
momento por hacer
experimentos para ver si nacía
un niño se te ocurrió hacer el
amor con un maricón.

(DON'T B CRUEL)

Alvaro

Mi bebé, no llores.

No sé por qué te quiero consolar, no me interesa.

Estoy tan hastiado tan enfermo como tú mi bebé dice que estás, no quiero que dejes de llorar tan solo no hables más que yo no quiero pensar, no quiero llorar.

yo sé que no puedo no me imagino por qué es tan fácil para ti, no sé no sé desearía que hubiera un adiós definitivo.

Calla bebé, descansa
en mi pecho, haz cualquier cosa
pero no me digas nada
no deseo pensar, vomitar
nuevamente,
no me interesa el
miedo que dices te hiela el vacío
que te carcome el fraude
que dices sentir tan sólo

cierra la boca detén tu
lengua hoy me siento débil o
tal vez hipócrita eso tampoco
lo sé.

BALADA DEL REPRIMIDO SEXUAL

No hay mucho que
decir. El amor está
muerto, no, no ha sido
un error las manos
sobre las manos,
créeme, el amor está
colgado vacío, girando
muerto en un gancho.
Todas esas palabras
para no decir nada,
cerca uno de otro y el
amor está muerto
antes de todo desde
algún comienzo
perdido desaparecido
olvidado y absurdo,
muerto muerto muerto
apuñalado el vampiro
muerto desde nunca existió.
Me llené de carcajadas hasta
el vómito

de palabras y
todo era tan fácil y ahora
hay ojos por todos lados
tengo no tengo porque pero tengo
miedo
es tan inútil es tan chistoso
tan vacío un chiste mil veces
repetido hasta el asco
y repleto de palabras
sin nada que decir
nada para decir nada nada eso esodo
(Ja!)

YO: LA FIERA

SASHA

¡Por el santísimo prepucio!
Minifaldas de vértigo
es lo que les gusta,
elevados espíritus que se interesan
por el excelso pubis. Ustedes
me ponen en otra.
Entre disco y disco
consigo olvidarme de mí misma.
Vean mi escote de paro cardíaco,
explosiva, sería una buena manera
de calificar mi comportamiento.
En fin, pocas, muy pocas bromas
se deben tener conmigo
YO:
¡La Fiera!
La que acelera soberbiamente,
me agazapo, mauilo, rasguño,
araño
y vos
ahí no más gallo,
te freno con mis dientes.
Tu hombría apenas es
cobertor con el cual enrolló mis pies.

Cierto es; peligrosa y camaleónica,
éxito increíble soy

el cuerpo pide quedarte, entrar,
yo te aparto y manejo marioneta mía,
sueña lo que quieras,
cae en trance o pesadillas pero,
don Calde ya lo dijo: sueños
sueños son,
mientras tú vienes,
yo estoy en otra.

Todo nos da la capacidad
de sentir placer,
se me enreda la memoria,
¿qué eres tú?
¿qué crees?
O sea, mi culo condiciona la forma,
¿qué soy yo?
Crees que se me confunde todo,
el que quiera enjaularme
será presa de ese afán,
tropezaré de metáforas.

¡Hombres! Adáptense
a nuestro ritmo de vida,
no nos asusta nada,
no me asusta nada, aunque esté
súperilusionada o quizá al revés,
YO MUJER, universo entero,
me vuelvo loca,
creo que pueden pasar muchas cosas,
nuestro cuerpo, mi cuerpo,
mejor dicho lo que soy más allá
de él, carne, culo, tetas,
exige toda contundencia verbal.
Ustedes los desechables,

nosotros os daremos mucho que hablar,
mucho que hacer,
si es que podéis hacerlo,
hablaré de ti macho,
en lujo adjetival,
sólo sois cabeza de músculo y pene,
ya verás pequeño cadáver,
resto de mi festín.

SOY TAN MUJER PARA TAN POCO

Te daría la luz de mis ojos,
pero son tan míos, y soy tan
mujer para tan poco, tú ya eres

náufrago, y yo, ola que azota
hasta hacer polvo la roca de
tus miradas.

Para qué robar tus labios, si los
míos son fieras, fuego y sangre en
donde puro néctar es el manjar que
no tuviste y mi sola risa te silencia.

Cierto... todo cae, cae, va
cayendo, y tú ruedas, y ruedas
como un aro sin fin porque no
alcanzas mi finitud y ya nada
de lo mío te es...

CUANDO ACABA LA NOCHE

Ricardo Silva

Las almas flotan y el trago es amargo
cuando termina la noche,
con tus sentidos satisfechos
vuelves a casa,
los robots mecanizados salen
en bandadas
¿por qué el área mágica
fue detestada?
i
Rodeada de ínfimas figuras acartonadas.

Vuelve a mí la noche no acaba
la satisfacción engendra engaños
a estos malsanos sentidos,
los fantasmas juegan malas cartas a los seres de gel.

Nadie espera en casa
sólo el maldito gato
¿por qué tiene que acabar la noche?
y tengo que dormir en mi cripta
volver a mi cárcel de carne,
cuando la noche acaba
muero al mundo.

RECUERDO

Ordenando mi pieza
con una tabla periódica
pensando y actuando
con mis elefantes
elefantes morados
elefantes azules
elefantes rosados
elefantes pardos
miro en mi cajón
¡Oh my god!
una camisa de fuerza
no recuerdo cómo llegó
tampoco si alguien me la regaló
creo que me queda
un poco larga de mangas
pero hace juego con mis ojos
gracias por tu recuerdo.

LA PIEZA DEL CARNICERO

ESKUPE

cuando muera
 navegarás en un velero,
miraremos
los contornos de la pieza.
Increíble,
mi pieza tumba.
no me dijiste
 nada del accidente.
No importa,
pronto navegaremos
en aquel mar del gato negro,
mirarás la caja idiota
pero sin importancia,
me visto y salgo,
a un mundo extraño,
pero es mi pieza.
¿Qué pasa?
no la conozco,
no importa,
muéstrame la caja idiota.
El cielo se estremeció,
 yo, tomé el espejo,
pero nada había,
abrí el marco
de la puerta,
me dijo:
 non repit
 non repit
entonces corrí
las calles azules

de día nublado,
el eco de mis pasos
no me seguía:
 non repit
 non repit
recordé,
al comienzo
 me dieron alas,
las abrí y volé,
las medusas
aguas del mar:
 non repit
 non repit
al despertar recuerdo
mi cama des-hecha,
cenicero sucio,
la radio encendida:
 non repit
 non repit
despierta, dijeron,
somos los muertos
de esta pieza,
únete a nosotros
estamos celebrando
el día de no sé qué,
el día de no sé qué?
pregunté, sí,
hoy es el día
que jugamos
con las ruinas
de todas las
Sodoma y Gomorra,
Hiroshima y Nagasaki,
pero no te preocupes
porque no hay

estatuas de sal.
La sangre de san Valentín,
escurre tras el vuelo
de una mariposa,
con hermosas alas
de murciélago,
embriagado por amoníaco,
por más que doy botes
en el piso,
no logro alcanzarte,
bella telaraña de sangre,
sin los gritos jamás
te hubiera calzado
viejo ruido de tren joven,
cuántos pasos diste
antes de caer al abismo,
el beat de mi corazón
alcanza un rito taciturno,
sin alcanzar el marketing, más,
es seguro que me consigo un fax,
pero no importa,
tal vez recuerde el secreto
que te enseñé
para olvidarme
adiós extraño amigo
del secreto
que olvidaste.

LA DANZA DEL MISIL

La vida,
me venció,
hoy estoy aquí,
sentado,
mirando el intercambio
de misiles,
y me digo
no te preocupes
pronto pasará,
mis venas,
son las calles muertas
por la luz,
no te preocupes
pronto pasará,
recostado observo la puesta del sol
radiactivo, despierto,
¿qué está pasando?
no te preocupes
pronto pasará,
las arañas corren
en una larga
carrera,
entre las tablas
de mi pieza,
no te preocupes
pronto pasará,
ven,
estrecha mi

mano,
toma mi
cintura,
bailaremos
la última danza,
abrámonos un poco,
dejemos que el misil,
estalle,
que nos espera
en este mundo,
alguien tomará
nuestros restos,
y bailarán,
esta danza eterna,
la de la estupidez.

DIAS DE OTOÑO

GIA

Estrellas, conjuradle es hechicero de ojos pardos
de tez dorada y corazón palpitante de insinuaciones.

Astros reprendedle me ha robado
el aliento suave, la música ligera de mi cuerpo,
el andar sereno
y el ritmo tranquilo de mi centro.

Dioses de Olimpo, condenadle
es brujo y me mata
con cada una de sus palabras,
es hombre y me rompe en pedazos de
rosa y cristal puro,
haciendo que el orgasmo sea sólo eso,
y el amor, más que el cielo, el infinito.

ANSIAS

Por las noches,
cuando el viento sopla suave
y la luna cobijada entre las nubes
lanza guiños a quienes
suplican el sueño merecido de los mortales
te siento.

Te siento aquí entre mis piernas
con tu aroma atrevido de hombre completo
con ese calor dulzón y efímero ,
como las estrellas fugaces que bajan del firmamento.

Y desvarío en mi lecho de sábanas azules porque
aunque sienta que estás cerca tú estás ausente, lejos.

REPTIL

Boris Leyton

Quiero ser un gran reptil.
Poseer veinte mil penes,
veinte mil doncellas,
millones de orgasmos,
millones de hijos,
millones de problemas,
millones de bocas que alimentar
millones de libros que leer
millones de pesos que gastar.
Miles y millones que jamás tendré...
(IMPOSIBLE)

ANIMOSIDADES

Eduardo Farías

NOTICIAS

Desde lo más
alto de torres las
voces metálicas
amplificadas
dictaban órdenes por sobre
las cabezas y bajo los pies
cansados
las cloacas van reuniendo
la mierda estiércol viajando
como en el metro con la
velocidad con que se miente
en el congreso, en el senado
en el estado, en la iglesia
en la morgue
todo es una reunión fecunda
de fecas a cabildo abierto.

Y sucedió que Nietzsche
Y creó al hombre a su
imagen y decadencia
Y y lo multiplicó como
grillos en la noche
o como granos de arena en el desierto
con olor a reclusorio
hedor a tortura o fusilamiento
con un tacto de tentáculo monstruoso
o un pobre espectáculo
de carcazas y armazones
espejos, relojes y una pila de chatarra
que no pudo contener

la destrucción de la abortada capa de
ozono

los coliformes por kilómetro cuadrado
se cuajaron en el océano y vararon
peces que olían a cardenal o a
ministro de hacienda todos sobre un
papelerío de estadísticas, cesantía, de
la moral baja de la nación la carestía,
las cañerías obstruidas

y los científicos se rasuraban
el cráneo, el pubis y las cejas
se rebanan la única neurona
incapaz de visualizar, acomplexada
imperceptible a los aullidos
de todos los hombres, mujeres y niños
y de allí, las imágenes
la verborrea, los carteles
las canonizaciones
los nombres
el brillante futuro.

Los de Abajo, la Garra Blanca la
derecha-derecha la izquierda-
izquierda el centro-centro.

El bienestar económico y su secreto:
los pobres más pobres los ricos más
ricos los tontos más tontos las putas
más putas.

Y de postre la inflación disfrazada con
un once por ciento que es la
billonésima parte
del estiercol viajando por las cloacas
con la rapidez con que se mueve
el sulfato de cocaína.

EL ACTOR DEL PROLOGO DEL JUICIO FINAL

INTRO

Yo cargo la fe en los hombros
clavo espinas donde se deben clavar
arranco de mi lengua, esa sucia
percepción
que da una dentellada de imposible
al sentido común
untando con dogma las viejas
alquimias del espíritu.

Comenzaré mi sermón, citando una frase de
Rimbaud

*«La vida es una farsa que todos debemos
representar».*

Quítense las máscaras orladas
ante mí, seres vanos y débiles
aparezcan tal como son
temerosos, faltos de luz y estériles
retiren sus telones al final de este acto
con gritos iracundos
arrojando la verdad sin pizca
de miramientos
déjenme, déjenme intacto
bajo mi barro, dentro de mi nicho
déjenme en paz y recuerden

lo que he dicho
sino escarbaré como perro hambriento
sus conchas de cal endurecida
como ostra
Libérense, muestren sus inmundicias
no son más pútridas que las mías
las he sembrado en los eriales
y las cosechas las he ocultado
desátense, como caudal de bandidos
o comediantes mediocres.

Se ha consumado el baile de los disfraces
dispersen las prendas y sus rostros
sorprendidos
acumulando el silente temor a la muerte
abandonen la vil materia inerte
muéstrenme sus caras
y los demonios inconscientes de sus faltas
y arrojen sus monedas.

Dios no te libre, poeta
de enarbolar esa bandera
con alma de lucha
para gritar a los malvados vientos
el dolor de tu sangrante pecho
lleno de conciencia divina
sobre las angustias de tu pueblo.

Séquense las lágrimas, sacudan el ocio
retiren su odio de mí y serán los mismo
esclavos, siervos, vasallos de la mentira.

con carcajadas
acúnanse en el lodo negro
de la ignorancia.

Para siempre y para siempre
Mis queridos actores
la obra ha terminado
y yo os aplaudo.

MENTIRA 1

Pedro

Cuando dije que te amaba,

te hablé de una pequeña luz que de tu aura
había salido, y que de mi corazón se había
aferrado una lucecita celeste,
celeste como las estrellas cuando tiritan a lo
lejos, tú dijiste que siempre creíste tener el
aura de un verde claro, verde esperanza,
como luces de neón,

¡cuántas ganas me dieron de decirte que la
lucecita era de un verde azulado, de un
celeste verdoso!,
ganas me dieron de decirte que no te metieras
en mis visiones,
que no tocaras mi poesía, que no ofendieras
mi mentira, es que... más que tuya... es mía.

SOÑE

Soñé con una cosa chica, arrugada, fea y
mugrienta,
tal vez la hueva má fea que he visto,
era un enano de mierda,
y estaba cagado de la risa,
bailaba y pisoteaba mis cuadernos,

mis postales, mis poemas,
indignado trataba de agarrarlo de las patas,
pero el infeliz se me arrancaba,
se agarraba del techo, como mono o como araña,
y desde allí gritaba... ¡Pedro ya no es un poeta!,
y con la elegancia de un payaso me mostraba

s

u culo peludo, cómo sería de asqueroso, que
hasta tenía olor a enano, cómo sería de
hediondo, que llegaba a ser
brillante de hediondo,
era olor a enanitud.

HAY UNA ESPECIE DE LUZ...

Tirilla

Hay una especie de luz:
la resurrección
pare los celos
de una eternidad
Encarnizado surco
de asteroides
junto al oscuro
 vuelco del pecho:
la bruma estalla
en la estatura
Los buitres
son corazones olvidados
Las palomas van
cargadas de hambre:
eternidad
eternidad:

Filo de polvo perfumado
(amanece el aroma
con un soplo)
Jamás de las persianas:
El mundo se está
estrellando en las rocas
El hielo viaja
colonizando vasos
Sudores de vidrio
como reflejos de verano:

la santidad se esculpe:
una lluvia ilumina
el desierto
(los lamentos giran
en cada golpe
de asfalto):

la furia no alcanza
la gota azul no alcanza
la sal de los labios no alcanza:

Es la historia de un diván volando
Dorso esculpido de montañas
Mar de vaivenes a lo largo
Palo flotante de geología: me siento a
descansar...
(¿Cómo estás, amado amigo?
La luna ha salido
La noche envuelve corazones
Das a tu silencio un profundo signo
Los gemidos de arena
forman castillos de carne
Sueños acariciando pulsos
Láminas de cera que descuelgan horas

Amigo de tierra:
hoy parió la lejanía
Los puertos están cerrados
Los teléfonos mudos
La pierna derecha pisando cuerpos celestes
y la izquierda volando sin sentido:
la sonrisa no alcanza
el brillo no alcanza

la miel no alcanza)
No puedo quedar estático
ante las miradas
La guitarra tiene
notas latentes
El tiempo las espera...
eternidad
eternidad:

Nariz sin aire
Generación de latidos
La vastedad me besa
Sales de aluminio
Tuercas oxidadas
Voy caminando
como cualquiera...

PECADO CAPITAL

Perdón Señor He pecado

Me gusta el fútbol
Cuando puedo
Veo telenovelas
Y lloro en el cine con una película tierna

Por mi culpa!

Señor

Perdón

He pecado

Cuando tengo plata

Trago

Mastico y bebo como cerdo

Fornico cuando salta la liebre

Y ando hediondo a sobacos

Por mi culpa!

Señor

Pido la absolución de los

televisores

Pido la benevolencia de las

financieras

Y me disculpo por ser:

Un pobre diablo.

LOS LUGARES MALDITOS

CLAUDIO LUNA

La vida gira en torno a lugares malditos
desconocidos para el cielo y el infierno No
importa los pasos que se den Siempre se
llega
Como llevados por los animales con patas de alambre A
los lugares malditos Habitados por las ánimas que se
alimentan pegando pedazos de libertad en las paredes
de las máquinas)
que roen los pilares de esos MALDITOS LUGARES

NADIE MUERE CON LA LUNA

o vive con un sol subterráneo Un hombre camina
con una estrella en la mano
Con la sombra de una ampolleta
Se ríen los espejos de los durmientes

POR CADA VISION UNA MUERTE

en distinto deceso
A distinta marcha
A cada deceso el término de morir
a cada grito de gaviota

Y EL MAR MOVIDO POR LA IRA

no logra sacrificar a ninguna roca
intrusas de superficie
Superficies calcinadas de dolor
millones de cartas sin respuestas

LAS NUBES CABALGAN

En la profundidad del cielo
Dejando su rastro de vapor
De lluvia

De viento soplado con abanico

Un niño príncipe cabalga Sobre cada elefante de vapor
Príncipe del reino de palmeras.

Ahora hay un gato en cada tejado
limpiándose de las orejas el temor que nunca le había
momado)
Esta noche hay un gato que le canta a la luna
porque el hielo crece igual que las flores
porque el sol es muerto cada tarde por culpa de las nubes
de cristal)

RITUAL

Adal

Cristales adormecidos, por la
luz...
caminan lentamente diciendo; qué será
de todo esto.

El horizonte que revolotea en ti,
se oculta tras un velo de perlas.
Y estas viajeras,
caminan perdiéndose a través
de tu llanura,
en un ritual de cuerpos que hablan,
que sólo desean la verdad.

RECORDATORIO

Quiero gritar a través de mi espada,
a todos esos que callaron, y no
hicieron nada.

Tal vez esto sea sólo
un panfleto,
lleno de odio, que pide
atención.

Así, que aquí les restriego su dejación,
más cuando hablen de la juventud.

INDICE

Prólogo

Presentación

NARRATIVA:

Dulce Engaño (Ximena Hernández)

El Velorio (Tirilla)

Fabulata (Tirilla)

The New Philosophy (Tirilla)

Una Fábula (Boris Leyton)

Compañera (Pedro Herrera)

El Desierto (Kitara)

El Retrato (Gía)

Adán y Eva o la Historia Oficial (Cerasto)

Teoría Absurda del Amor (Marta Parra)

Sarah de Pisco (Patricio Jara)

Fannia Canicularis (Patricio Jara)

Los Ecos de una Raza (Millarca Valenzuela)

Cabalgando Duro (Pepe Ossandón)

Un Almuerzo con Carraspera (Pepe Ossandón)

POESIA

El Hombre del Retablo (Marta Parra)

Anécdotas (Andreas)

Olfatea (Cerasto)

El Crimen Perfecto (Claudia Urrutia)

(Don'tB Cruel) (Alvaro)

Yo: la Fiera (Sasha)

Soy tan Mujer para tan poco (Sasha)

Cuando acaba la Noche (Ricardo Silva)

La Pieza del Carnicero (Eskupe)

Días de Otoño (Gía)

Reptil (Boris Ley ton)

Animosidades (Eduardo Farías) ¹

Mentira I^a (Pedro Herrera)

Hay una Especie de Luz (Tirilla)

Los lugares Malditos (Claudio Luna)

Ritual (Adal)

Se supone que estas líneas deben convencerlo para que se entusiasme por este libro y lo compre o, en el mejor de los casos, lo guarde entre sus ropas y salga disimuladamente de la librería en que está. Sin que se den cuenta los dependientes por supuesto.

Así es. Aquelarre (Alqueleagarre) recopila parte del material de un grupo de jóvenes dedicados a la narrativa y al verso que comienzan a tener sus primeras incursiones dentro de la literatura nacional, pues, que todos vivan en Antofagasta es sólo coincidencia.